

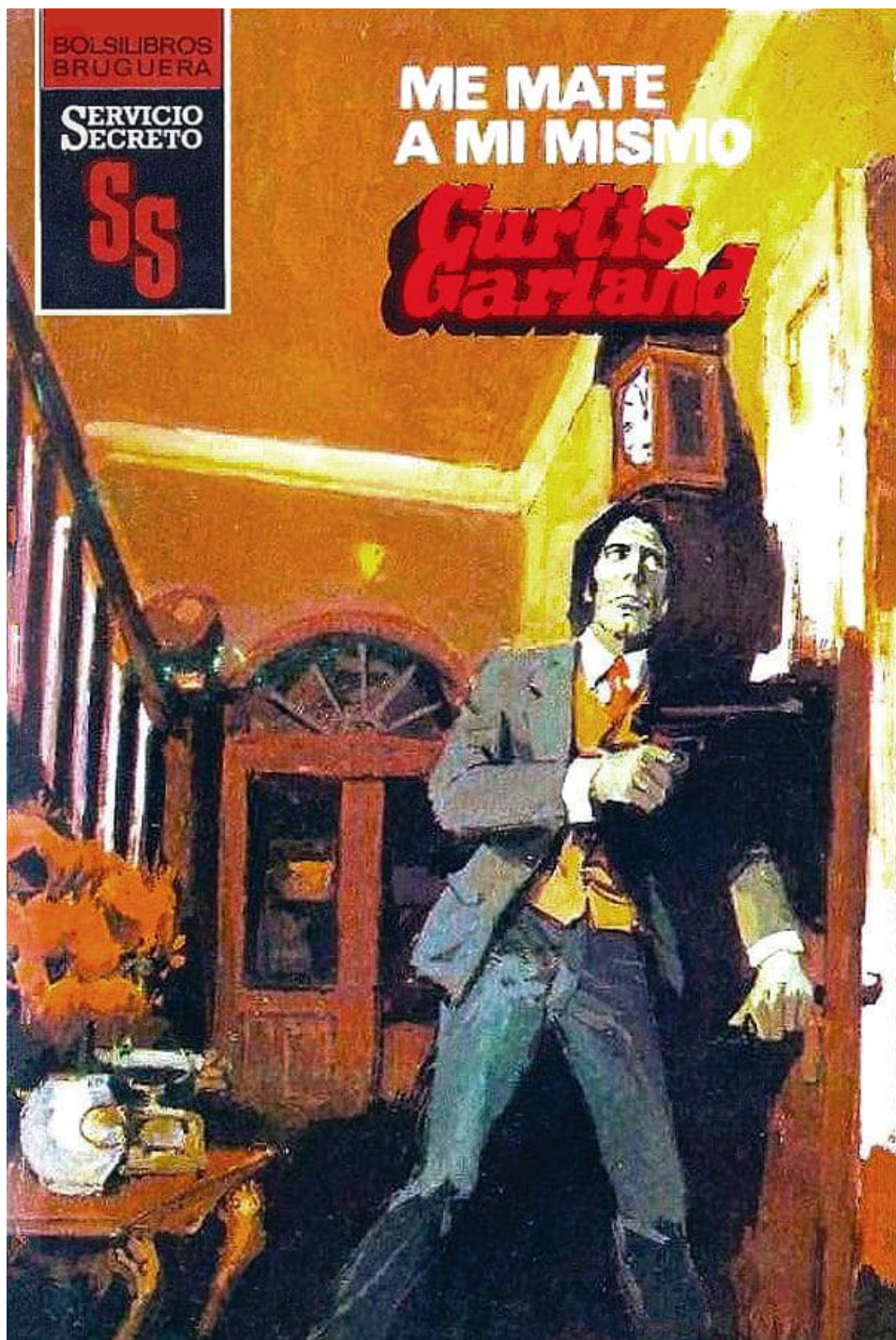
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

ME MATE
A MI MISMO

**Curtis
Garland**



Una ambulancia misteriosa penetra en un área restringida. En una celda del corredor de la muerte un preso espera su fatal destino. El preso sólo puede evitar su fatal destino haciendo de donante al agente de la CIA que va en la ambulancia. La suplantación de identidad va más allá de lo que se le puede exigir incluso a un condenado a la pena máxima.



Curtis Garland

Me maté a mí mismo

Bolsilibros - Servicio Secreto -1647

ePub r1.0

Lds 25.12.17

Título original: *Me maté a mí mismo*

Curtis Garland, 1982

Cubierta: Desilo

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1647. Bruguera – 1982

Colección PUNTO ROJO n.º 27. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La ambulancia hacía sonar insistentemente la sirena en la noche.

Estaba lloviendo torrencialmente. Los neumáticos levantaban cortinas de agua de los negros charcos. El blanco vehículo sanitario brillaba cubierto de gotas, al pasar bajo las farolas del alumbrado de aquella zona deshabitada de la ciudad. La luz roja parpadeaba, girando incesante en el techo del coche, como un fanal frenético en la noche.

El conductor de la ambulancia conducía todo lo de prisa que permitía la mala visibilidad. Sabía que aquello era urgente. Su trabajo, al volante de una ambulancia, siempre lo era. Pero esta vez más todavía.

Tenía prioridad de paso en cualquier área urbana e incluso en zonas a las que no tenían acceso otros vehículos. Llevaba consigo un precioso documento que así lo atestiguaba, firmado y sellado por altos funcionarios del Gobierno Federal. No todas las ambulancias poseían semejante privilegio.

Acababa de detenerle una patrulla policial, exigiéndole que se identificase y que explicara la clase de paciente que llevaba a bordo. Le había bastado con mostrar ese documento para que, mágicamente, las puertas se abrieran para él. No había habido la menor objeción. Ni siquiera comprobaron, como hacían siempre, la documentación suya y del vehículo.

Allí lo decía bien claramente, con letras mayúsculas, subrayadas en rojo:

**«¡PRIORIDAD ABSOLUTA! MAXIMA URGENCIA. EXIGIMOS
LAS MAXIMAS FACILIDADES POR PARTE DE TODA AUTORIDAD**

Unas frases así, cuando llevan el membrete del Gobierno Federal y ciertas firmas, es la mejor llave para abrir todas las puertas habidas y por haber. El conductor de la ambulancia podía darse exacta cuenta de ello. Primero había sido para salvar un cerco policial montado en un distrito donde se rastreaba la presencia de un peligroso criminal. Dentro de poco sería un obstáculo mayor.

Estaba llegando a él. A través de la noche y de la cortina densa de lluvia, los faros de la ambulancia horadaban la oscuridad, produciendo destellos cegadores donde su claridad se estrellaba intensamente. El parpadeo rojo de la luz giratoria ponía una nota espectral en los edificios sombríos que iban quedando atrás a medida que se alejaba del centro de la ciudad. Enfiló una carretera en las afueras. Los árboles, a ambos lados del camino, desfilaban veloces, como pétreos fantasmas inmóviles, montando guardia en la ruta.

No podía acelerar más la marcha. El suelo estaba resbaladizo a causa de la lluvia y era peligroso arriesgarse. Desde detrás, unos dedos tabalearon impacientes sobre el panel corredizo de vidrio esmerilado en blanco que separaba la cabina del conductor de la destinada al traslado de los enfermos.

Giró la cabeza. Entreabrió el vidrio. Un rostro asomó a medias. Unos ojos le miraron con avidez desde el otro lado.

—¿No puede ir más de prisa? —indagó una voz alterada.

—No, no puedo —rechazó el conductor—. Hay peligro en ello.

—Sabe que esto es *muy* urgente...

—Diablo, claro que lo sé. ¿Cree que conduzco un tractor acaso? En mi trabajo siempre hay que ir lo más de prisa posible. Pero no más. El paciente se mataría, con todos nosotros, si esto volcase a causa de la lluvia. Eso no arreglaría nada, ¿verdad?

—Está bien —jadeó de mala gana el otro—. Pero no pierda un segundo.

—Lo estoy perdiendo ahora, mientras charlo con usted —refunfuñó el chófer, aunque en ningún momento dejaba de contemplar la carretera para mirar a su interlocutor—. Vaya tranquilo. Llegaremos en seguida.

—Recuerde: muestre en seguida la credencial a los controles.

Son muy estrictos. Pero no nos retendrán.

Asintió, cerrando la vidriera con gesto malhumorado. Al diablo con aquella gente del Gobierno, pensó. Se creían que los demás eran idiotas o cosa parecida. Sólo ellos parecían saberlo todo.

Pronto los faros hicieron destacar en la noche una alta cerca metálica, con un cartel bien visible donde se podía leer:

AREA RESTRINGIDA.

PROHIBIDO TOTALMENTE EL PASO

A PERSONAS AJENAS AL RECINTO.

Le importó poco. Aceleró un poco más, porque el pavimento allí era bueno. Unas luces anaranjadas brillaban en la oscuridad, al otro lado de la cerca. Sombras en movimientos destacaron junto al muro metálico.

Inmediatamente surgieron individuos uniformados con casco blanco y bocamangas fluorescentes a la luz de sus faros. Alzaron el brazo derecho deteniendo al vehículo sanitario. Llevaban también guante fluorescente en la mano. Y un fusil automático colgando de su hombro, en posición de fácil disparo. Parecían patrullas militares, pero su uniforme no tenía el color habitual de la milicia, ni tampoco el de la marina. Debían de constituir grupo aparte, pensó el conductor de la ambulancia, reduciendo la marcha.

Un *jeep* de tipo militar, parado ante las puertas herméticamente cerradas de la verja, se interponía en su posible paso. Vagamente, captó una serie de edificios allá al fondo, como formando un complejo en la zona cercada y de paso prohibido. El lugar no tenía la menor apariencia de ser un centro sanitario, pensó el chófer, perplejo.

—¡Alto! —ordenó secamente una voz, cuando redujo la marcha casi totalmente. Y tres de los tipos uniformados se aproximaron a él, rodeando el vehículo. Observó que dos de ellos tenían el dedo en el gatillo de su arma, y encañonaban a la ambulancia sin contemplaciones. Frenó del todo.

—¿No sabe que ésta es zona no autorizada para los civiles? —preguntó ásperamente el que diera el alto—. ¿Adónde piensa que va con esa ambulancia?

—Me dijeron que viniera aquí. Es todo.

—Si va al hospital, se equivocó de camino. Ni siquiera está en un hospital militar, si es eso lo que piensa. De modo que dé la vuelta en seguida.

—Espere —cortó el conductor—. Vea lo que llevo ahí, sobre el asiento. Tómelo usted mismo.

Era una forma cauta de obrar. Se preguntaba si, al llevar la mano al asiento para mostrar su salvoconducto, aquellos individuos no abrirían fuego sobre él, pensando otra cosa. Era mejor andarse con cuidado en esas cosas.

El que parecía mandar el grupo arrugó el ceño. Estaba a punto de enviarle al diablo, no había duda. Pero recapacitó y, rápidamente, fue a abrir la portezuela. Dirigió una ojeada al papel allí desplegado. Le proyectó el chorro de luz de una linterna.

En seguida cambió su rostro. Alargó la mano enguantada y tomó el documento. Lo leyó con rapidez. Se volvió a sus hombres.

—¡Rápido, apartad de ahí el *jeep*! —ordenó—. ¡Dejad paso a la ambulancia, en seguida! Es muy urgente...

El conductor respiró hondo. El *jeep* rodó, apartándose. Alguien dio una orden al interior. Silenciosamente, las amplias puertas de enrejado metálico se abrieron, dejando paso franco a la ambulancia.

—¡Siga, no se detenga! —le apremió el que antes le ponía tantas dificultades para entrar—. Al fondo, edificio de la derecha, donde el rectángulo de césped...

Asintió el conductor, apresurándose a penetrar con su ambulancia, como una centella, en el área restringida que era su actual destino. Los militares de misteriosa filiación quedaron atrás, cerrándose de nuevo la verja, sin duda por medio de un silencioso y automático sistema electrónico. Los faros del vehículo alumbraron una amplia extensión, perfectamente asfaltada, con sendas bien trazadas, entre edificios rectangulares, no más altos de dos plantas, que eran rodeados por setos o zonas de césped. En algunas ventanas, muy pocas, se veía luz. Pero persianas herméticamente ajustadas impedían ver su interior.

Una flecha fluorescente, invisible desde el exterior del recinto, señalaba hacia la derecha, con la indicación escueta que él esperaba: AMBULATORIO. Eso era todo.

Dirigió el vehículo en ese sentido, descubrió el rectángulo de

césped, de un verde brillante a causa de la lluvia, y un aparcamiento donde situó la ambulancia, bajo una marquesina saliente. Avisados desde el exterior, sin duda, varios hombres con uniformes blancos, de hospitalarios, salieron del edificio, en dirección al coche que se detenía en esos momentos.

El chófer frenó, bajando a ayudarles. No hacía falla. Con gran eficiencia, habían abierto las puertas posteriores y descendían ya una camilla, con un cuerpo tendido en ella. Lo cubrieron con un tejido de plástico impermeabilizado, aunque no era necesario, porque la marquesina le protegía de la lluvia. El acompañante del enfermo, se apresuró a indicarles algo en voz baja, exhibiendo una credencial que no alcanzó a ver. Se encaminaron con rapidez al interior. El chófer trató de seguirles. Uno de los enfermeros se le interpuso.

—No nos hace falta su ayuda, gracias —trató de ser cortés, pero sin resultado. Su voz sonó demasiado seca y fría—. Puede volver con su ambulancia a la ciudad. Ha cumplido muy bien su labor, gracias.

El conductor vaciló. Miró en torno suyo, pensativo, descubriendo en varios puntos del área restringida vehículos militares y hombres con uniforme y fusil ametrallador.

—¿No hay al menos un sitio donde tomar algo que me entone? —preguntó disgustado.

—Es tarde, lo siento. Hay una cantina, pero está cerrada —explicó el otro—. Tome, amigo. Y beba una copa en el primer sitio que encuentre abierto. Buenas noches.

Puso en el bolsillo de su bata un billete de veinte dólares enrollado, y desapareció tras las puertas esmaltadas de blanco, con cristales esmerilados, que conducían al interior del ambulatorio, y por las que ya su paciente, junto con el hombre que le acompañara durante el viaje, habían desaparecido con los demás enfermeros.

Unos patrulleros armados se aproximaban a él, sin prisas. Considerando que allí ya estaba de más y que era preferible levantar el vuelo para no complicarse la vida, subió a su vehículo y rodó lentamente para volver a la senda de salida. Sus faros resbalaron sobre los uniformes y armas de los soldados de extraña filiación, que permanecieron quietos, viéndole partir.

—Será mejor que no cuente nada de esto a nadie —avisó un

oficial, al pasar junto a él con la ambulancia—. Es asunto confidencial del Gobierno, y no nos gustaría que un bocazas revelase información secreta, amigo.

El conductor de la ambulancia asintió. No era la primera vez que oía palabras parecidas. Antes de partir hacia esta misteriosa zona con sus viajeros, ya había sido severamente advertido en el mismo sentido.

La verja se abrió a su paso. Los de guardia se quedaron esta vez con su credencial de prioridad absoluta, alegando que ya no iba a necesitarla. Partió con su vehículo, preguntándose qué misterio podía esconderse tras toda esa urgente maniobra nocturna. Pero como su misión era la de alquilar su ambulancia a quien le pagase bien, optó por no darle más vueltas a la cuestión. Fuera lo que fuese, era cosa del Gobierno. Y no era saludable para nadie hurgar en asuntos así.

Regresó a la ciudad, ya sin prisas, mientras seguía lloviendo sin cesar, cada vez con mayor intensidad.

* * *

El reo levantó la cabeza, con un estremecimiento.

Miró a los hombres que abrían silenciosamente la puerta de su celda. Se estremeció ligeramente, mirando alternativamente aquellos rostros graves.

—¿Ya es la hora? —preguntó.

—No —negó lentamente uno de ellos—. Sólo son las dos de la madrugada, Donovan.

—¿Entonces...? —Humedeció sus labios con cierto alivio.

—Ha tenido mucha suerte —dijo el otro—. Mucha.

—¿Suerte? —dudó el reo, encogiéndose de hombros—. ¿A qué clase de *suerte* se refiere? ¿Me han conmutado la pena?

—No —rechazó su interlocutor, tras cambiar una mirada con los tres hombres que le acompañaban—. Sigue condenado a la cámara de gas, Donovan.

—Vaya... ¿A eso le llama usted suerte? —preguntó sarcástico el condenado.

—La suerte está en que, si quiere, ya no tendrá que cruzar esa puerta verde y recibir el gas letal.

Un leve estremecimiento de horror sacudió al joven reo sentenciado a morir. De pronto creyó entenderlo todo. Y supo que no era la muerte lo más terrible que puede suceder a una persona en este mundo.

—Oh, no, no... —jadeó, incorporándose lentamente, con todo su cuerpo repentinamente helado, como si ya estuviera sufriendo los efectos de la disolución de las cápsulas en el ácido, dentro de la cámara de gas—. No puede ser...

—Sí. Ha sido —suspiró el hombre, moviendo afirmativamente la cabeza—. Usted se ofreció voluntario, recuerde. Fue su propia voluntad, y así consta, firmado por usted...

—Lo sé, lo sé. Pero nunca imaginé que pudiera ocurrir...

—Ha ocurrido. Eso es lo único cierto. Creí que no quería morir de ese modo, Donovan: encerrado en esa cabina, ante testigos, con una caperuza sobre su cabeza...

—¿Morir? La idea ha dejado ya de preocuparme. Sólo pensaba en la *otra* posibilidad. Me aterra más que ninguna. Morir importa poco. Lo peor es la forma de hacerlo...

—Exacto. Pero usted va a vivir. No va a ejecutarlo nadie, puesto que aceptó ser el donante voluntario, en caso de necesidad absoluta.

—Pero... pero es que lo he pensado una y otra vez... y me dije que lo mejor que Dios podía hacer era dejarme morir así, tal y como el juez me sentenció...

—No mezcle a Dios en esto, Donovan. Son cosas de los hombres, simplemente. Se le hizo una oferta. Usted aceptó. ¿Qué ocurre ahora? ¿Va a echarse atrás? ¿Se niega, acaso?

—No. Eso no. Soy un hombre de palabra. Aunque sea un condenado a muerte, tengo mi sentido del honor. Cumpliré lo estipulado.

—Perfecto —sonrió con alivio el hombre—. Así me gusta, Donovan. Va a prestar un gran servicio a su país, piénselo.

—¿A cambio de qué? —musitó el reo, dejándose caer de nuevo en el asiento de su celda de condenado—. ¿De mi alma, quizás?

—No dramatice tanto. No va a perder su alma por ser donante en este caso, bien lo sabe. Es más, sobrevivirá.

—Sobreviviré... —repitió, sarcástico, con amarga ironía. ¿Por cuánto tiempo, señores?

Los cuatro se miraron en silencio. No había ningún sacerdote en

el grupo, Donovan lo advirtió ahora. No se había fijado en principio, por eso pensó que había llegado su hora. Eran todos funcionarios: el alcaide, el gobernador de California en persona, un alto cargo policial... y el hombre que hablaba con él. Era la segunda vez que lo hacía.

Ya antes habían hablado una vez. Y él había suscrito un documento. Un alucinante documento, mediante el cual se comprometía a... a ser «el donante», en caso de emergencia.

«El donante». Sólo eso. Y unas cuantas cláusulas más, referentes a su *donación* en concreto. Aquel hombre era del Gobierno. Un alto cargo federal. Cumplir el compromiso siempre le había parecido una pura utopía. Pero no era así.

Había llegado el momento. No de morir en la cámara de gas, sino de ser... *el donante*. Se estremeció. La idea, al principio, había resultado atractiva para él. Todo antes que morir en plena juventud, en un horrible recinto pintado de verde, recibiendo el gas mortal, ante un grupo de silenciosos testigos prescritos por la ley. Firmó aquel papel incluso con entusiasmo, como una última piroeta para burlar a la muerte. Pero sabía que no era eso. *Ahora* lo sabía. De la muerte no se burla nadie. No hay documento que pueda con ella.

—¿Por cuánto tiempo? —insistió, ante su silencio.

El hombre del Gobierno se encogió de hombros. Su voz fue lenta, algo cansada, al responder a su interlocutor ambiguamente:

—Pueden ser unos meses... En el peor de los casos, unas semanas. Si todo va bien... quizás un año, dos... Eso nunca se sabe, Donovan. Pero su esposa recibirá lo que tanto necesita. Y usted morirá en una cama, en casa o en un hospital, atendido debidamente. Tendrá quien le llore, será un ser normal, muriendo dignamente, con nobleza. Es más, mucho más de lo que habitualmente le es concedido a un asesino.

Donovan no dijo nada. No replicó a eso. ¿Para qué? No valía la pena. El juez tampoco le había hecho caso. Ni el jurado. Nadie. Para todos, era sólo Mark Donovan, el asesino. Y a los asesinos se les envía en California a la cámara de gas. Eso era todo. Asunto zanjado. Lo demás no importaba. Y menos ahora.

—Está bien —suspiró—. ¿Cuándo va a ser?

—Hoy mismo. Esta madrugada, Donovan.

—¿Ya? —Tembló levemente el reo—. ¿Tan pronto?

—Es más urgente de lo que todos pensábamos. Asunto de horas. Si dejamos pasar más tiempo, no habrá solución posible. Todo esto sería completamente inútil.

—Entiendo —musitó el reo, encogiéndose de hombros. Dibujó una lenta mueca, algo parecido a una amarga sonrisa en sus labios—. Adelante, caballeros. Estoy a su disposición. Después de todo, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Podría negarse —dijo sombríamente el gobernador de California—. Lo pensamos. Nadie le podría obligar a nada, ni siquiera con ese documento firmado. No tiene poder legal para ser cumplido, si el firmante cambia de idea, usted lo sabe.

—Claro que lo sé, señor —sonrió Donovan—. Pero no he cambiado de idea. Vamos ya.

Se encaminó a la salida, entre los cuatro. Abandonaba definitivamente la celda de la muerte. Y no por el camino que había imaginado desde el principio. Antes de salir, se detuvo un momento.

—Una última pregunta —dijo, ronca la voz.

—¿Sí? —El hombre del Gobierno le miró—. Adelante, Donovan. Hágala.

—Mi... mi mujer, Cheryl... ¿Sabrá algo de todo esto?

—De momento, no. Es imposible. Más tarde, cuando le autoricemos, será cosa suya, Donovan. Estrictamente suya... y de su conciencia.

—Ya. Gracias, señores. Es todo.

CAPÍTULO II

Lester Cabot contempló a las personas que le rodeaban. Dos de ellas vestían ya batas verdes y gorro del mismo color. El aire tenía ese sutil aroma a ácido fénico propio de los centros hospitalarios. Los otros dos hombres, vestidos de calle, permanecían silenciosos, no lejos de la puerta de la habitación.

—De modo que ha sucedido... —murmuró por fin, moviéndose ligeramente en el lecho.

—Así es —afirmó el hombre de más edad con uniforme verde de cirujano—. O más bien podría decirse, señor Cabot, que *va* a suceder.

—Es lo mismo. El hecho es igual, doctor —sonrió forzosamente el hombre tendido en la cama hospitalaria.

—Desgraciadamente, sí. Pensamos que no llegaría a suceder. No aún, cuando menos. Usted sabe, mejor que nadie, lo necesario que es para su país.

—Todos somos necesarios para nuestro país —suspiró el paciente, moviendo la cabeza con fatalismo.

—Usted más que otro —terció el segundo cirujano con tono suave—. Especialmente en las actuales circunstancias...

Lester Cabot no comentó nada sobre ese punto. Su mirada vagó por el cielo blanco, aséptico, como toda la estancia. Luego escudriñó a los hombres de la puerta y sonrió resignado. No hacía falta mucha imaginación para saber la clase de hombres que eran. Se les veía el oficio a distancia. La CIA no siempre elegía las personas adecuadas, pensó irónicamente. A muchos de sus hombres de acción se les notaba demasiado.

—¿Está todo a punto? —preguntó por fin.

—Sí, todo —afirmó el cirujano con tono grave.

—¿Saldrá bien?

—Tiene que salir, señor Cabot. No se puede fallar. Además, es un trabajo que ya hemos experimentado anteriormente. No tema nada. No fracasaremos.

—No temo nada. Nunca lo he temido. Ni siquiera a la muerte. Sabía que esto había de ocurrir, me lo advirtieron oportunamente, doctor. Pero confiaba en que no fuera absolutamente necesario.

—Pero lo es. La crisis se ha presentado. Tenemos que actuar nosotros, como era de prever.

—Supongo que no hay otro procedimiento mejor.

—No, claro que no —sonrió el cirujano, algo forzado—. De haberlo, lo emplearíamos. Pero todo está muy avanzado ya. Hay que intervenir quirúrgicamente.

—¿Cuándo estaré bien del todo, totalmente recuperado... si las cosas salen a la perfección?

—Saldrán a la perfección, no lo dude. Dentro de un mes podrá volver a la actividad normal.

—Un mes... —repitió Cabot, reflexivo—. Sí, espero que entonces aún sea tiempo de hacer las cosas.

—Según sus jefes, así es. Se les ha prometido el menor tiempo posible de convalecencia. Pero es imposible reducir el plazo de un mes si queremos que esté usted en perfectas condiciones físicas y psíquicas para realizar su labor.

—Entiendo. Bien... —suspiró—. Estoy preparado. ¿Va a ser ahora mismo?

—Si —el doctor miró su reloj un instante—. Son las cuatro y media de la mañana, señor Cabot. No disponemos de mucho tiempo, ésa es la verdad. El quirófano y el equipo médico están a punto. Dentro de cinco minutos vendrán a recogerle. Esté tranquilo. No hay riesgos ni problemas. Nada de nada. Se lo garantizo.

Su mano oprimió amistosamente el hombro de Lester Cabot, y los dos médicos abandonaron la estancia, seguidos por los dos hombres de vigilancia enviados por la agencia. Pero Cabot supo que permanecerían allá fuera, para no permitir que nadie se aproximara a él, ni siquiera en aquella secreta base californiana de los Servicios Especiales de Inteligencia de los Estados Unidos.

Para todos ellos, Lester Cabot era demasiado precioso para que pudiese correr el más leve riesgo. Sabía bien la conmoción que

había causado su repentina crisis, y la urgencia y el secreto que se habían utilizado para su traslado inmediato a aquel centro médico situado en un área restringida al público.

Momentos más tarde, una enfermera joven penetró en la estancia. Era pelirroja y bastante atractiva, aunque Cabot no estaba en estos momentos para admirar la belleza femenina, pese a su fama de hombre enamorado y seductor con las damas. Ella, sin embargo, le sonrió de forma deslumbrante, como si contemplase a su galán de cine favorito. Tenía unos bien formados labios carnosos, unos ojos muy verdes y un rostro sumamente atractivo, pensó Cabot, incorregible a fin de cuentas en ciertos aspectos de su condición humana. Si no hubiera estado allí postrado, sometido al efecto sedante de los medicamentos que reducían sus agudos dolores, y a punto de entrar en un quirófano sumamente especial...

Procuró alejar ideas voluptuosas de su mente, para mirar a aquella atractiva enfermera simplemente por lo que era y representaba: una simple enfermera, encargada de cuidarle, posiblemente, y de colaborar con los cirujanos en la inmediata intervención.

—¿Todo a punto? —preguntó, sonriendo.

—Casi, señor Cabot —asintió ella con su encantadora sonrisa.

—Llega la hora de la verdad, ¿eh? —murmuró el paciente, con un gesto resignado.

—Así es. Todo está ya a punto. Incluso el donante —explicó ella, con la fría profesionalidad de quien se halla habituado a tales cosas.

—¿Donante? —repitió Lester Cabot la palabra con cierto sobresalto.

—Así es. No tiene de qué preocuparse. —Ella le tomó el pulso y la temperatura, con eficiencia profesional—. El doctor Van Drutten es una eminencia en su especialidad. No corre el menor riesgo, señor Cabot.

—Me gustaría saber algo más, puesto que voy a ser yo el intervenido —habló cautamente Cabot—. Sobre ese donante, por ejemplo...

—Ah, ¿eso? —Ella se encogió de hombros, indiferente—. No debería preocuparle lo más mínimo. Después de todo, es un donante voluntario. Sabe a lo que viene.

—Ya. —Lester Cabot sabía que debía manejar el asunto con

sumo tiento. Aquella enfermera creía que él lo sabía *todo* sobre su operación. Sin embargo, era la primera vez que Cabot oía hablar de un «donante»—. Pero ¿por qué se ofrece voluntario, entonces?

Ella le miró, pensativa. Meneó la cabeza, agitando su roja melena bajo el gorro verde de enfermera de cirugía.

—Supongo que porque lo tenía ya todo perdido. De este modo, puede vivir aún un poco más de tiempo. Y su familia recibirá una ayuda cuando él falte. Es mejor eso que morir en la cámara de gas, ¿no le parece?

Cabot dominó un estremecimiento. Él, hombre habituado a fingir, a representar papeles ante la gente, en las más difíciles y adversas circunstancias, ahora sentía dificultades para controlarse y controlar sus sentimientos. Algo se había encendido allá, en el fondo de su mente, con un parpadeo rojo de alarma.

En aquel asunto, algo no estaba claro, ni mucho menos. Era una faceta repentinamente siniestra e inquietante del problema. Si demostraba sorprenderse o alarmarse por algo, la enfermera comprendería que había hablado de más, y sellaría sus labios. Había sólo un par de minutos, como máximo, para tratar de saber algo más, para entender qué sucedía a sus espaldas, con motivo de su operación desesperada y de máxima urgencia.

—¿Y cree que hacía falta un donante para esto? —preguntó, con la mayor naturalidad—. Un donante *vivo*, me refiero. Con traer unos órganos adecuadamente conservados, creo yo que hubiera bastado para...

—Cielos, señor Cabot, qué poco entiende de cirugía en casos como éste —rió ella suavemente—. ¿Qué ganaríamos con trasplantarle ahora unos riñones, un pulmón y un hígado, pongamos por caso, si el resto de su cuerpo sufre ya los efectos de la extensión del tumor hasta un punto irreversible? Seguiría poseyendo un cuerpo enfermo, de limitadísima duración, y todo esto no serviría de nada, compréndalo.

Claro que lo comprendía. *Ahora*, sí. Y un horror sin límites invadía al hombre que era para la CIA y para el Gobierno de los Estados Unidos el primero y el mejor de sus agentes especiales. Lester Cabot acababa de saber, por boca de la ingenua enfermera, que la suerte que le aguardaba era muy otra a la imaginada. Había un donante, sí. Pero un donante no sólo de órganos más o menos

enfermos, sino *de su propio cuerpo entero*, para suplir el que estaba ya herido de muerte por el tumor cancerígeno que se extendía por él.

Su crisis de esta noche era más grave de lo que había imaginado. Era el principio del fin. El desencadenamiento irreversible del proceso canceroso final, que conducía a la muerte.

Pero él era demasiado precioso para la CIA. Su corazón, su cerebro, funcionaban perfectamente. Y ésa era la horrible idea, sin duda alguna. Unos súper cirujanos iban a experimentar —y no por primera vez, el propio doctor Van Drukten lo había confesado—, un nuevo y terrorífico procedimiento quirúrgico en su caso.

Iban a trasplantar a un cuerpo joven y sano su cerebro, su corazón y sus órganos vitales completamente sanos. Luego, un donante anónimo, se vería condenado durante unas semanas o unos meses, a vivir dentro de un cuerpo enfermo, agonizando lenta y dolorosamente, víctima de un cáncer generalizado. Algo espantoso, inhumano, brutal.

—Dios mío... —jadeó entre dientes, sin poderse contener, repentinamente cubierta su piel por un frío sudor.

—¿Qué le ocurre? —se alarmó la enfermera, al advertir la húmeda frialdad repentina de su piel—. ¿Empeora acaso? ¿Se siente mal, señor Cabot?

—Sí, sí... —susurró—. Creo que sí... Es... ese maldito dolor...

—Creí que los sedantes le harían efecto —se inquietó ella—. Espere, avisaré al doctor, antes de trasladarle al quirófano...

Se ausentó con rapidez. Lester Cabot, sombrío, contempló con viva angustia el blanco techo de su habitación. La terrible revelación de la enfermera daba vueltas y más vueltas en su mente horrorizada.

—Dios mío... Despertar en *otro* cuerpo... —musitó—. Incluso operar el rostro de ese nuevo cuerpo mío, para darle mi imagen, sin duda alguna... De ese modo, Lester Cabot sigue vivo. Mi cerebro, alojado en una bóveda craneal que no es la mía, mi corazón bombeando *otra* sangre, dentro de un cuerpo ajeno... Y mientras yo sigo vivo, fuerte, sirviendo a mi patria y a mis superiores, otro ser humano muere lentamente, agoniza retorciéndose de dolor, encarcelado en un cuerpo que está enfermo, condenado a destruirse pronto... ¡No, no es posible! No quiero ser una especie de androide,

un ser biónico, creado en un laboratorio, a imagen y semejanza de mí mismo... No quiero, no quiero... Ni siquiera Lester Cabot merece esa experiencia horrible, vivir a costa de otro...

Se incorporó de la cama, pese a que ello le produjo dolores en todo el cuerpo. Se encaminó a la ventana, herméticamente cerrada, que no permitía ver el exterior. Introdujo sus dedos estremecidos entre las hojas plásticas de la blanca persiana. No vio tampoco nada ahora. Una pintura blanca cubría totalmente las vidrieras, hasta el borde mismo del aparato de aire acondicionado.

Giró la cabeza. Se aproximaba gente por el corredor. Oyó rumor de voces y suaves pisadas rápidas, en dirección a su habitación. Sin duda, el doctor Van Drutten se había alarmado al relatarle la enfermera su brusca reacción. Allí todo lo tenían previsto, todo estaba medido y calculado. Y esto no encajaba en su cuadro clínico, sin duda.

Lester Cabot tomó su decisión definitiva. Cualquier cosa, pensó, era mejor que sobrevivir convertido en una mezcla de dos seres vivientes, en un puro experimento de laboratorio...

—¡No lo lograréis, malditos! —gimió, angustiado—. Los hombres no somos máquinas, no somos animales de laboratorio... ¡No quiero ser manipulado por más tiempo! ¡No quiero!

Y subiéndose inesperadamente a una silla, se encaramó hasta alcanzar con su cuerpo la ventana. En ese momento, los médicos, la enfermera y los «gorilas» de la CIA, entraron en la estancia. El doctor Van Drutten lanzó un grito de asombro.

—¡Cabot! —exclamó—. ¿Qué pretende hacer ahora?

Lester ni siquiera le respondió. Vio venir a los hombres de la CIA, sus compañeros de oficio, hacia él. No les dejó llegar a su persona. Se precipitó violentamente, con todo su ímpetu, contra la ventana.

La enfermera chilló, presa de una crisis nerviosa. Los vidrios se destrozaron con violencia y estrépito, mientras el cuerpo del mejor agente especial de la CIA penetraba a través de ellos, saltando al vacío.

Los fornidos guardianes se quedaron con sus brazos extendidos, las manos aferrando el aire. Lester Cabot se les había escapado definitivamente. Abajo, sonó un golpe seco, sordo, escalofriante. Van Drutten palideció de forma intensa.

—Dios mío... —jadeó—. Es el patio interior... dos plantas por debajo del suelo... Es como arrojar de un cuarto piso... Se habrá matado sin remedio...

Se precipitaron fuera de la estancia, corriendo despavoridos hacia el ascensor. Por el camino, requirió la colaboración de hombres uniformados, como los que viera el conductor de la ambulancia a su llegada a aquel extraño ambulatorio secreto. Los soldados de blanco casco y metralleta corrieron en pos de médicos y enfermera.

Cuando alcanzaron el sótano segundo, llegaron al patio interior, estrecho y frío. Sobre el suelo mojado por la lluvia, yacía el cuerpo con el pijama blanco, de bruces contra el asfalto. Un reguero de sangre corría debajo, partiendo de su destrozado cráneo, y mezclándose con un charco de negra agua de lluvia.

No hacía falta examinarle más de cerca para saber la terrible verdad.

Lester Cabot se había matado al lanzarse por la ventana. Ya era inútil pretender trasplantar nada de su persona a otro cuerpo. El cerebro era una masa informe, entre huesos astillados que destruían irreversiblemente aquella mente humana.

—Todo se ha perdido... —susurró amargamente Van Drutten, dejando caer sus brazos a lo largo del cuerpo, con desolación—. Todo se ha perdido, señores...

CAPÍTULO III

Hasper W. Baywater suspiró, cerrando la cremallera de su portafolios con un leve chirrido. Sus grises ojos cansados miraron a los demás por debajo de las hirsutas cejas canosas.

—Gracias por todos sus esfuerzos, caballeros —murmuró con lentitud—. Ustedes cooperaron de forma eficaz en este proyecto. Lástima que un imponderable echara todo el trabajo por la borda en el último momento.

—Todavía me pregunto qué le hizo tomar a Cabot una decisión semejante —comentó el cirujano Van Drutten, moviendo la cabeza con aire pesaroso—. Parecía animado, dispuesto a ir al quirófano sin trauma alguno, ¿no es cierto, enfermera Driscoll?

La pelirroja joven asintió, todavía demudada, ensombrecida por la tragedia.

—Sí, muy cierto. De repente noté que se quedaba frío, que se cubría de sudor su rostro... y me alarmé. Fui en busca del doctor, puesto que se quejó de repentinos dolores. Y de repente... acabó con su vida.

—Sí, es extraña la reacción —admitió el alto funcionario del Gobierno que acudiera con la máxima urgencia a la base secreta, apenas fue informado del suicidio de Lester Cabot—. Pero quizás los dolores se agudizaron tanto que le enloquecieron en ese momento...

—Es muy improbable —rechazó Van Drutten—. Incluso es raro que se quejara de dolores. Le habíamos administrado un calmante muy potente, un nuevo fármaco muy eficaz durante varias horas, y no hacía ni una hora de ello... No tiene sentido que obrara así, la verdad.

—De todos modos, doctor, el hecho cierto es que ocurrió, y ya no tiene remedio —dijo sombríamente Hasper W. Baywater—.

Informaré personalmente al presidente. No le va a gustar saber que su mejor agente ha muerto, pero eso no podemos evitarlo ya.

—En cuanto al donante, señor Baywater... ¿qué hacemos ahora con él? —se interesó el doctor Van Drutten, saliendo de su abstracción.

—Oh, eso... —asintió Baywater, pensativo, arrugando el ceño—. Lo había olvidado por completo a causa de la tragedia... Bien, supongo que lo mejor será devolverle a San Quintín y hacer que la justicia siga su curso. No podemos hacer otra cosa.

—Pero ese hombre es un condenado a muerte. Será ejecutado...

—Por supuesto. No veo otra alternativa.

—Resultará particularmente cruel para un hombre, devolverle a la cámara de gas, después de haber sido aceptado como donante para un experimento útil a nuestro país y nuestro Gobierno, señor Baywater.

—Yo no puedo decidir algo que no sea eso. Mark Donovan es un asesino que se debe a la justicia. La ley tiene que cumplirse, por cruel que ello resulte. De todos modos, su futuro no iba a ser mucho mejor si esto hubiera resultado. Hubiese muerto en pocas semanas, sufriendo horribles dolores, víctima de un tumor canceroso extendido por casi todo el cuerpo...

—Pero él aceptó esa suerte, a cambio de no morir en la cámara de gas y de que su esposa recibiera una ayuda económica del Gobierno, señor Baywater —objetó todavía el médico.

—Bien, ¿y qué puedo hacer? —Se irritó Baywater, poniéndose en pie—. Elegimos a Mark Donovan porque no tenía nada que perder... y por su singular parecido físico con el difunto Cabot. Pero eso fue todo. Una leve serie de intervenciones quirúrgicas en su rostro hubieran hecho de él un doble *perfectode* Cabot, como era nuestra idea. El doble ideal, puesto que llevaría los órganos vitales y el cerebro del propio Cabot. Pero eso ya no es posible. Lester Cabot ha muerto. Y ese hombre, Donovan, debe morir también. Asunto cerrado, doctor Van Drutten. Vendrán a recoger al donante en un coche celular de inmediato. Voy a telefonar a San Quintín.

—Un momento aún, señor Baywater —le pidió suavemente el cirujano.

—¿Sí? —El funcionario federal le miró, enarcando sus enmarañadas cejas.

—Quizás aún sería posible crear el «doble» exacto de Lester Cabot. Darle vida de nuevo, en suma.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué quiere decir con eso? Nadie puede devolver la vida a una sola molécula del físico de Cabot. Usted lo sabe mejor que nadie...

—No me refería a eso, señor Baywater —sonrió distraídamente el médico—. Estaba pensando en una segunda posibilidad...

—¿Una *segunda* posibilidad? ¿Qué clase de posibilidad?

—No es fácil de explicar. Pero si ustedes, en el Gobierno, tienen entre manos una misión que, a su juicio, *sólo* podía llevar a cabo Lester Cabot, y ahora Lester Cabot está muerto... ¿por qué no crear otro Lester Cabot que ocupe su lugar?

—Eso es lo que intentamos, al saber que su tumor canceroso generalizado adquiriría ya una gravedad irreversible, y la muerte estaba próxima. La idea de esos trasplantes no es que me hiciera demasiado feliz, porque considero monstruoso crear un nuevo ser a base de los órganos y el cerebro de uno y el cuerpo sano de otro. Pero la moderna ciencia lo hacía posible, y eso resolvía nuestros problemas de un modo definitivo. Transigí con ello, aun contra mi propia conciencia. Pero ahora usted sugiere algo imposible. Muerto Cabot, nadie puede ocupar su puesto. Eso es lo terrible del asunto. Que tenía que ser él, por una serie de razones muy concretas, quien llevara a cabo la grave misión asignada.

—Bien. Pues envíe a Cabot a esa misión —apuntó tranquilamente el cirujano.

Baywater contempló perplejo al médico. Su rostro tomó un aire sombrío y malhumorado. Era como si estuvieran burlándose de él, pensaba sin duda en esos momentos el alto funcionario del Gobierno Federal.

—Bromea, supongo. Y éste no es asunto de broma, doctor —manifestó secamente—. La suerte futura de todo nuestro país puede depender de ello.

—A mí no me gusta bromear con estas cosas, señor Baywater, y menos cuando afectan a mi profesión —rechazó de plano el médico con aire ofendido—. Le sugería la única posibilidad factible, dadas las circunstancias.

—Sigo sin entenderle, doctor.

—Es sencillo: ustedes pensaban enviar a un hombre en lugar de

otro. Pese a que llevara el cerebro y los órganos de otro, físicamente al menos, el que se ocuparía de ésta misión no sería Lester Cabot en rostro y cuerpo.

—Claro que no. Pero para todos los efectos sí sería Lester Cabot, puesto que un cirujano iba a alterar adecuadamente su rostro, haciéndolo virtualmente exacto al de nuestro agente, dado su original parecido con él.

—Ahí quería yo llegar, señor Baywater —suspiró el doctor Van Drutten—. ¿Por qué no enviar, como si fuera el agente Lester Cabot *propio donante*, Mark Donovan, a esa misión, sin necesidad de otras intervenciones quirúrgicas que las de su rostro?

Estupefacto, el funcionario del Gobierno contempló al médico sin saber qué decir. Sus ojos se dilataron y la mandíbula le colgó, con gesto de verdadero pasmus.

—Cielos, ¿qué dice usted? —jadeó.

—Ya lo ha oído. Ese hombre podría ser, por un tiempo, Lester Cabot. Y actuar como tal, entrenándole adecuadamente.

—Sí, sí, no necesita explicármelo con detalles. Le he comprendido perfectamente, doctor.

—¿Y bien...?

—Rotundamente, ¡no! —atajó con algo muy parecido a la violencia el muy respetable Hasper W. Baywater—. Ese hombre es un asesino.

—Pero en lo poco que le he tratado, parece inteligente.

—Quizás lo sea, doctor. No es suficiente para poner en manos de un criminal los destinos de nuestra patria. Sería monstruoso, compéndalo. El que comete un crimen, igual puede traicionar a su patria por dinero o por un ideal equivocado del que nada sabemos. No, no. Ese riesgo nadie en su sano juicio sería capaz de correrlo. Su idea es sencillamente descabellada, doctor.

—Lo siento —murmuró Van Drutten, algo molesto, frunciendo el ceño—. Sólo era una sugerencia para salvar la crisis.

—No nos vale en absoluto. Si no hay trasplante de órganos y cerebro, como estaba previsto, por culpa de la estúpida actitud que llevó a Cabot al suicidio, no hay caso. Ese hombre regresará a San Quintín y será ejecutado, conforme a lo previsto por la ley. Es mi última palabra, doctor.

—Conforme, señor Baywater. Usted es quien dispone en esa

clase de asuntos. ¿Cuándo vendrán a por el donante?

—En seguida. Calculo que dentro de una hora o dos estará aquí el furgón policial para reintegrarle a su celda de la muerte. Esto se considerará simplemente un aplazamiento de la ejecución, que sin duda tendrá lugar mañana. Es todo, doctor Van Drutten —le tendió la mano con cierta frialdad y se encaminó a la salida con paso firme, seguro de sí—. Ha sido un placer conocerle. Lástima que nuestra colaboración haya resultado imposible, a fin de cuentas.

—Sí, lo mismo digo, señor Baywater —murmuró el médico, pensativo.

* * *

El doctor Schneider era una eminencia mundial en cirugía plástica y reparadora. Llegado especialmente a Estados Unidos por orden del Gobierno, en un viaje de absoluto incógnito y rodeado de las mayores precauciones y del más riguroso secreto, se quedó contemplando a sus interlocutores con expresión perpleja.

—De modo que hay contraorden —dijo lentamente—. No se opera.

—No, doctor —confirmó Van Drutten—. La señorita Kelly le confirmará que todo estaba a punto para una serie de delicados trasplantes, previos a su propia labor en un hombre que debía salir de esta base con destino a una misión especial sumamente arriesgada y peculiar, pero de la que no tengo la menor noticia concreta. A última hora, uno de los pacientes se suicidó, llevado quizás por escrúpulos de conciencia y todo el plan se vino abajo. Me temo que tendrá que volver a Suiza y olvidarse del asunto. El señor Baywater, de Washington, me ha dejado un cheque a su nombre por el importe de la intervención quirúrgica, como si ésta se hubiese efectuado.

—Lo siento —suspiró el médico suizo—. No me gusta cobrar por lo que no hago.

—No se preocupe. El tío Sam puede permitirse esos lujos sin que su Tesoro se vea excesivamente afectado —sonrió Van Drutten con cierta ironía.

—Si usted lo dice... —El doctor Schneider se encogió de hombros, doblando cuidadosamente el cheque bancario, que guardó

en su maletín de ejecutivo—. Saldré esta misma mañana para Zúrich si no hay contraórdenes...

—¿Contraórdenes? No creo. Cuando las personas como el señor Baywater toman una decisión, difícilmente se vuelven atrás, puede creermelo, doctor Schneider. Ahora, discúlpeme, se lo ruego. Tengo otras cosas importantes que hacer. Y no agradables, por cierto. A la persona a quien debo ver ahora, no recibirá ningún cheque ni nada parecido, por renunciar a su parte en el asunto. Más bien diría que le entregarán un pasaporte muy especial, para un viaje sin retorno. Un pasaporte a la eternidad...

Y ante la perplejidad del doctor suizo, que no entendía una sola palabra de todo aquello, el doctor Van Drutten inclinó la cabeza cortésmente y abandonó el despacho, seguido por aquella joven pelirroja de verde uniforme, la enfermera Kelly.

Su siguiente entrevista de aquella tensa madrugada, iba a ser con el donante de la extraña y fantástica operación anulada, Mark Donovan, condenado a muerte por las leyes del Estado de California.

* * *

Mark Donovan no dijo nada. No hizo comentario alguno. Se limitó a inclinar la cabeza dos veces, asintiendo.

Frente a él. Van Drutten tragó saliva, levemente pálido. La enfermera Kelly, de pie tras el doctor, se limitaba a contemplar, con sus atractivos ojos verdes, el rostro joven, anguloso, sorprendentemente parecido al del difunto Lester Cabot, si bien le hubieran hecho falta ciertos retoques de nariz, boca y mejillas para convertirle en el doble exacto del agente muerto, así como alterar ligeramente la forma del nacimiento de su cabello y el tinte de éste, más oscuro en el hombre de la CIA que muriera tan trágicamente en el asfalto del patio.

—De modo que vuelvo allí —fue lo único que dijo por fin, tras una pausa casi angustiosa para sus interlocutores.

—Así es —habló roncamente el cirujano, desviando su mirada, incómodo.

—Bien.

El doctor y la enfermera se miraron en silencio. Van Drutten

esperó alguna palabra más, que no llegó. Donovan parecía tan distante como si estuviera a cientos de millas de aquel cuarto blanco y aséptico, donde había esperado la llegada al quirófano del hombre a quien debía de donar su sano cuerpo para albergar en él un cerebro y unos órganos que le eran ajenos.

—¿No va a decir nada más? —preguntó el médico.

—¿Y qué puedo decir? —sonrió tristemente Donovan, volviéndose a mirarle—. Debo aceptar las cosas tal como son, doctor.

—Pero usted sabe lo que significa el regreso...

—Claro que lo sé. Mejor que nadie.

—Dios mío... —murmuró Van Drutten—. No es justo. No es justo que hagan lo que están haciendo con usted, aunque sea culpable de un delito, Donovan.

—Es que yo... *no soy culpable*, doctor, de delito alguno.

—¿Qué? —El médico le miró, estupefacto.

—Comprenderá que no tendría el menor sentido mentirle ahora a usted —la sonrisa amarga de Donovan se amplió ligeramente—. No gano nada con ello, porque mañana a estas horas ya estaré muerto...

—¿Puede explicarme entonces, mientras llega el furgón para recogerle, todo eso que ha dicho, con algo más de detalles?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros el reo—. No tengo otra cosa que hacer. Por un momento había esperado ser útil a alguien, hacer algo por mi patria, como me insinaron al sugerirme este proyecto. Y, de paso, mi esposa recibiría un dinero que resolvería sus más acuciantes problemas y le daría algo de tranquilidad en la dura vida que le espera. Por desgracia, todo ha terminado de modo distinto al previsto, y debo seguir mi destino. Doctor Van Drutten, a mi me acusan de haber matado a dos personas: a mi socio, Howard Stevens, y a su amante, Linda Seymour.

—Sí, eso lo sabía. Por lo visto, él le había engañado, arruinando el negocio a sus espaldas y embolsándose todo el dinero del mismo, así como quitándole la amante...

—Es falso. Linda Seymour jamás fue mi amante, aunque lo intentó. Sólo tuvo relaciones con mi socio y con otra persona de quien nada he logrado saber jamás, y que ha permanecido en todo momento en el anonimato. Me achacaron a mí ser esa persona, pero

juro que es falso. En cuanto a mi socio, es cierto que actuó fraudulentamente en nuestro negocio de artículos deportivos, embolsándose todo el dinero y dejando en la ruina a la firma, y a mí agobiado de deudas. Pero no me vengué matándole, como dice el fiscal y sostienen los testigos y la prensa. Todo es mentira. Esa noche me encontré los cadáveres de ambos, muertos a cuchilladas, y eso fue todo. Me manché ropas y manos con su sangre, en mi intento de tratar de asistirles, antes de comprobar que las heridas eran mortales y estaban sin vida. Dejé huellas por doquier en el escenario del crimen, que era la trastienda de nuestro negocio, precisamente por mi falta de temor de ver me acusado de aquella matanza. Avisé a la policía... y ahí empezaron las complicaciones. Pronto comprendí que era el sospechoso número uno, y quizás el único. Cheryl, mi mujer, trató de ayudarme en todo momento durante las pesquisas y el juicio. Incluso llegó a mentir, cometiendo perjurio por mí, para darme una coartada y justificar que estábamos juntos los dos a la hora de cometerse el crimen, cosa que no era cierta porque yo, aquella misma mañana, había tenido una pelea con Howard mi socio, al descubrir el desfalco, y me había marchado de la ciudad presa de una crisis nerviosa, sin decir a nadie adónde iba.

—Creo que en esa disputa llegó a golpear a su socio... —apuntó Van Drudden, que le contemplaba con fijeza.

—Así es —sonrió Donovan—. Le puse un ojo amoratado, pero ahí terminó mi ira. De haber querido matarle, lo hubiera hecho entonces, porque era un maldito cínico que aceptaba sus culpas casi jovialmente, burlándose de mí. Tal vez por eso opté por ausentarme y no cometer una locura. Al volver a la tienda, de noche, para revisar mejor las cuentas y comprobar la magnitud del caos económico en que su falacia me había sumergido, es cuando encontré sus cuerpos en un baño de sangre.

Respiró hondo y enmudeció, apretando los labios, la mirada brillante, fija en un inconcreto punto del vacío. Luego fue el médico quien habló:

—¿Es toda la historia?

—Toda, doctor Van Drudden. Juro que no hubo más. El resto debe saberlo tan bien como casi todo el mundo que siguió mi juicio de entonces: pruebas, evidencias, testigos... Todo me acusó de

modo aplastante. Mi abogado estuvo a punto de salvar mi cabeza y conseguir una sentencia de cadena perpetua, pero al final el jurado optó por declararme culpable de doble asesinato en primer grado. Y voy a pagar por ello.

—¿Usted contó su historia?

—Naturalmente. No sirvió de nada. Las apelaciones, tampoco. Ya no hay remedio.

—¿Y va a morir así, tan tranquilo? ¿Siendo inocente? —susurró la enfermera Kelly, conmovida.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —sonrió con sarcasmo Donovan, alzando sus ojos para mirar a la atractiva muchacha del cabello rojo—. Ya me he resignado a ello. Por eso no le cuento a nadie mi verdad. No tiene sentido, porque ello no me librá de la cámara de gas.

—Donovan, ¿usted me jura que eso que ha contado es cierto, que usted no mató a esas dos personas y que es totalmente inocente del delito que le imputan? —preguntó severamente el doctor Van Drutten.

—Claro. Tiene mi palabra de honor. Se lo juro por cuanto haya de sagrado en este mundo. Por Dios, por los Evangelios, por mi alma y su posible salvación... Es la única verdad, doctor. No seré el único inocente que morirá por algo que no hizo. Ni tampoco el último.

—Le creo, Donovan —suspiró el médico, asintiendo—. Le creo, aunque mi opinión de nada sirve en esto.

—Gracias, doctor. Al menos es un consuelo. Alguien cree en mí.

—Yo también —corroboró la enfermera Kelly impulsivamente—. Estoy segura de que es inocente. En realidad, en ningún momento creí, desde que le he visto entrar aquí, Donovan, que fuese usted culpable de nada.

—Doblemente agradecido a ambos —la sonrisa de él se hizo algo más dulce, como ilusionada—. Créanme, aunque no puedan hacer nada por mí, me han dado mucho aliento con sus palabras...

El doctor Van Drutten se incorporó bruscamente y fue al aparato telefónico con paso decidido.

—Veremos todavía, Donovan, veremos —dijo con cierta aspereza—. Tal vez sea inútil, pero voy a intentar hacer algo por usted, recurriendo a una vieja amistad que no pensaba utilizar

jamás en mi vida...

Descolgó el aparato. Pidió línea a la centralita de la base.

Y con voz firme, habló por el teléfono:

—Por favor, larga distancia. Póngame con la Casa Blanca, Washington. Si, es urgente. Muy urgente. Prioridad absoluta. Aquí Base Especial

Alfa-12,

California. Con el presidente de Estados Unidos en persona...

CAPÍTULO IV

Alvin T. Brandon, el alto ejecutivo de la Casa Blanca, cruzó una mirada reflexiva con las personas reunidas en aquel amplio salón de la base secreta, guardado en estos momentos por un retén de hombres uniformados y armados.

—Bien, señores —dijo con lentitud—. Estoy aquí por encargo personal del presidente de Estados Unidos. Usted sabe, doctor Van Drutten, lo que esto significa.

—Lo sé muy bien —suspiró el cirujano—. Todo esto es iniciativa mía, señor Brandon.

—Así me lo ha dicho el presidente. Usted y él fueron buenos amigos en el pasado. No sólo estudiaron juntos en la Universidad, sino que en cierta ocasión usted le realizó una intervención quirúrgica muy delicada, con absoluto éxito. Por todo ello, el presidente ha accedido excepcionalmente a su petición, si bien le recuerda que nada puede hacer por un condenado a muerte en el Estado de California, mientras el gobernador mantenga esa sentencia y no vea motivo para su conmutación.

—Estoy enterado de ello. Yo no pediría nunca tal cosa a un presidente, basándome en una simple amistad personal, señor Brandon. Le hablé de otro aspecto de la cuestión, por lo que usted ahora está aquí, así como nuestro alto cargo de esta base, el general Charles Green.

Un hombre alto, de blanco cabello prematuro, rostro curtido y bronceado, vestido de uniforme militar, saludó con una leve inclinación de cabeza, desde su butaca, al emisario de Washington, que correspondió al saludo con deferencia.

—General... —dijo, volviéndose luego a Van Drutten y arrugando levemente el ceño para proseguir—: Doctor, supongo que

el general ha dado su aprobación a esta idea suya que expuso al presidente...

—En efecto. Y en principio está de acuerdo, siempre que nuestro experto en electrónica, el profesor Hamilton Donnelly, confirme que la idea es factible y sin riesgos...

Todos volvieron ahora la cabeza al hombre mencionado por Van Drutten. Una figura alta, espigada, con bata blanca, cabellos muy cortos, rapados a cepillo, recio cuello y ojos muy azules en un rostro cuadrangular y enérgico, miró alternativamente a cada uno de los presentes y confirmó con voz grave:

—El asunto es factible. Implica algunos riesgos, evidentemente, pero no muchos más que si hubiéramos realizado el plan inicial con Lester Cabot, caballeros.

—¿Quiere ampliar su opinión en ese sentido, por favor? —le pidió al alto funcionario de la Casa Blanca.

—Por supuesto —asintió el profesor Donnelly—. Ustedes tenían proyectado, de acuerdo con la CIA, a la que presto mis servicios desde hace años, un plan para convertir a un Lester Cabot enfermo y agonizante, en un hombre nuevo, como era él inicialmente: fuerte, joven, sano, vigoroso... con su inteligencia, su experiencia y su capacidad de agente especial de nuestra agencia durante mucho tiempo, en las más arriesgadas y difíciles misiones.

—Así es.

—Pero ese plan fracasó lamentablemente, porque nadie contó con el factor humano que suponía, en este caso, la propia conciencia de Lester Cabot.

—También es cierto.

—Esa serie de trasplantes y esa intervención de cirugía plástica para crear un nuevo ser humano, mezcla de androide y de persona, combinación extraña de monstruo de Frankenstein y de espía profesional, hubiesen ofrecido un cierto riesgo remoto de rechazo o alteraciones que hubieran sido capaces de influir negativamente en la misión de Cabot, ¿me equivoco?

—No, profesor Donnelly. No se equivoca —corroboró el general Green vivamente.

—Era el pequeño margen de riesgo que exigía el caso, a fin de cuentas. Pero ello ya no cuenta, por haberse desechado el plan, a falta de la materia prima necesaria: el cerebro del propio Lester

Cabot, destrozado en una caída mortal. Ahora, el doctor Van Drutten, rizando el rizo de lo posible en la ciencia moderna, tiene una idea fantástica en apariencia, pero factible en la realidad: si íbamos a crear un hombre biónico, ¿por qué no crear un robot humano?

—Un robot humano... —Torció el gesto Van Drutten—. No me gusta la expresión, profesor.

—Perdone, mi querido doctor, pero es perfectamente válida y correcta, dado el caso —sonrió el experto en electrónica—. Usted afirma que puede ser enviado por la CIA el propio Mark Donovan, como si fuese Lester Cabot, tras operarle el rostro adecuadamente.

—Exacto.

—Pero tropezamos con el obstáculo de que Mark Donovan es un condenado a muerte por doble asesinato, inexperto del todo en asuntos de espionaje y, por su propia condición moral, difícil de aceptar como persona íntegra y patriota.

—Ya he dicho que es inocente —terció Van Drutten.

—Eso no nos consta —cortó Brandon secamente—. La Ley le encontró culpable, y es lo que cuenta. Para nosotros. Donovan es un asesino. Y un asesino no puede ser enviado como agente de la CIA, de Estados Unidos, a una misión que exige no sólo capacidad mental y física, sino sobre todo honestidad y firmeza de principios.

—Estamos de acuerdo —sonrió el profesor Donnelly—. Es un riesgo excesivo para que lo corramos la CIA y el Gobierno de Estados Unidos. Y entonces surge la idea del doctor Van Drutten: la electrónica, la cibernética.

—Ése es el punto que aún no he comprendido bien del todo —señaló ahora el general Green—. ¿Qué puede hacer la cibernética, profesor Donnelly, para resolver ese riesgo tan grande con garantías de éxito?

—Las garantías que usted cita, general, no existen nunca en un cien por cien —objetó Donnelly—. Pero sí, digamos, en un setenta y cinco a ochenta por ciento, que es un buen porcentaje. Creo que un margen de riesgo del veinte por ciento, es más o menos el que podía existir, caso de haberse realizado los trasplantes programados...

—Aproximadamente, sí —convino el doctor Van Drutten con voz grave.

—Entonces, a mi compañero, el doctor Van Drutten, se le ocurre

la idea de que nosotros *controlemos* distancia a nuestro agente.

—¿Cómo? —Se sobresaltó el general.

—Lo que he dicho: convertir a Mark Donovan en una especie de robot humano, que estará actuando en un determinado punto del planeta, como si fuera Lester Cabot, pero que en determinado momento, ante la falta de experiencia, puede necesitar una orden, un informe, unas instrucciones concretas, que le resuelvan el problema y le saquen del atolladero.

—¿Y cómo esperan conseguir eso? —preguntó Brandon.

—Con un micro-control cerebral, señor —dijo el profesor sonriendo.

—¿Qué?

—Tan pequeño como una lenteja o poco más. Un diminuto instrumento dotado de un circuito emisor y receptor, por el que nosotros podamos seguir los movimientos de nuestro agente e ir recogiendo, en una terminal situada aquí, cuanto a él le acontezca. La computadora registrará sus actividades cerebrales y sabremos así cuándo está en un momento de máximo peligro o de tensión especial, y le transmitiremos mediante ese micro-control las instrucciones adecuadas para que actúe en consecuencia.

—¿Eso es posible?

—Ahora, sí. Existe también un pequeño riesgo de fallos de transmisión o interferencias provocadas por otras ondas o campos de energía, pero el avance en electrónica es inmenso, así como la reducción de tamaño de los circuitos. Esa pequeña placa, hecha de un material plástico que impida su detección por parte de cualquier sistema, injertado en su cráneo, bajo la piel.

—Es fantástico. De auténtica ciencia-ficción —admitió Benson—. Pero el riesgo de posible traición por su parte, existe. O de un delito ocasionado por su maldad, si es realmente un asesino. ¿Cómo averiguar eso? ¿Puede la terminal computar certeramente una *simple intención* de traicionarnos, pongamos por caso?

—No, claro que no —sonrió el profesor Donnelly risueñamente—. Ni siquiera podría detectar una traición consumada, como es lógico. No vamos a tener en la mente de nuestro hombre una cámara de televisión ni un teléfono, sino simplemente un micro-control electrónico, capaz de recibir sensaciones suyas y de emitirle mensajes cifrados mediante una clave previa de impulsos

electrónicos, que él se aprendería de antemano hasta dominarlo perfectamente.

—¿Entonces...?

—Existe una sola posibilidad de evitar la traición. Es terrible, pero necesaria, dado el riesgo que corremos con una persona como Mark Donovan.

—Dígala, profesor.

—Ese micro-control será, al mismo tiempo, un arma mortífera que pueda destruir su cerebro —dijo fríamente el experto en electrónica.

* * *

La conmoción fue tremenda.

Todos rompieron en comentarios airados, tras mirarse entre sí con horror y aprensión. Durante unos momentos, nadie se entendió en la sala.

—Por favor, caballeros, por favor —trató de calmarles el doctor Van Drutten, alzando sus brazos—. Escuchen al profesor Donnelly y el resto del plan. Está a punto de terminar...

—Bien, adelante —le invitó secamente Brandon, tras una vacilación—. Termine, se lo ruego.

—Como les dije, habrá que programar ese micro-control de forma que, llegado el caso de una traición por parte de nuestro agente, actúe por sí mismo, de forma automática, provocando un ataque cerebral de su portador.

—Suenan horrible —se quejó el general Green—. Sería como *asesinar* a un hombre.

—General, en las guerras también se asesina sin discriminación —replicó fríamente el profesor Donnelly—. Y en el mundo del espionaje, la vida humana tiene escaso valor, según creo.

—Está bien, siga. ¿Cómo se produce ese ataque cerebral? —quiso saber Alvin T. Brandon.

—Mediante una descarga determinada en el cerebelo, que provoque la destrucción de éste en segundos. Existen formas de dejar programado algo así en un diminuto computador, no crean que estoy fantaseando.

—¿Y cómo saber que, realmente, Donovan, nos estaría

traicionando? Usted mismo aseguró que es imposible detectar la traición en sí... —terció el militar.

—Cierto, general Green. Pero antes de proceder a todo ese plan, haríamos un exhaustivo estudio psicomental del paciente, le haríamos pensar en diversas cosas, entre ellas la traición y el crimen contra su patria, permaneciendo él, inconsciente. Así, de forma totalmente ajena a su voluntad, registraríamos mediante diversos electroencefalogramas, los gráficos de su cerebro que son trazados al pensar en la traición, al ejecutarla o al pensar o llevar a cabo un crimen contra su país y su gente. Esos rasgos quedarían computados en la «memoria» de nuestra computadora que, automáticamente, caso de captarlas procedente del cerebro de Donovan, *ordenaría* al micro-control instalado dentro del cráneo de nuestro agente, la acción letal precisa. Y así, el traidor sería muerto a distancia, haciendo inútil su traición.

Siguió un pesado silencio que nadie parecía dispuesto a romper. Finalmente, fue Brandon quien lo hizo, con voz cautelosa:

—Parece factible, aunque fantástico. Pero ¿y si hubiese un error en la máquina, en la lectura de esos gráficos mentales a distancia por parte de la terminal?

—Es virtualmente imposible que el error exista. Las máquinas son en eso más perfectas que los hombres. —Donnelly cruzó apaciblemente sus dedos encima de sus rodillas y miró risueñamente al enviado de la Casa Blanca—. Pero como di de antes, siempre existe un riesgo en todo. La perfección total no existe, usted lo sabe. Ni siquiera en una computadora.

—Personalmente, lo encuentro todo absolutamente monstruoso —dijo con acritud el general Green—. Sería más humano dejar que a ese pobre diablo le metan en la cámara de gas, caballeros.

—Pero morir en esa cámara no reportará ningún bien a la nación, general —replicó el doctor Van Drudden vivamente—. Yo también veo el lado malo de las cosas, y hay muchas facetas en este horrible plan que no me gustan en absoluto como médico ni como persona. Pero es dar una oportunidad a ese hombre. Si es inocente, como parece, quizás haya tiempo de que pueda demostrarlo. O de que haga algo hermoso y práctico por su país. Además, evitamos que muera con la angustia de saber a su esposa totalmente desvalida en su soledad actual, sin medios de subsistir dignamente.

—Como quieran —murmuró el militar inclinando la cabeza—. Dejo el asunto en sus manos. Quizás el presidente deba conocer esto con detalle, si es él quien ha de decidir.

—El presidente ya sabe algo, a grandes rasgos —explicó Brandon—. Yo estoy encargado de informarle con mayor amplitud, antes de que tome su decisión.

—¿Y si esa decisión es afirmativa...?

—Mark Donovan irá al quirófano de cirugía plástica y el doctor Schneider será requerido con urgencia antes de que abandone el país con destino a Zúrich —explicó Van Drutten—. Durante la convalecencia de la intervención en su rostro, se procederá a todo lo demás, como entrenamientos en claves y códigos, pruebas de encefalogramas durante el sueño y todo lo demás, puesto que la intervención quirúrgica plástica se utilizará también para introducir en su cerebro la pequeña placa controladora.

—Supongamos que todo sale bien y Donovan vuelve triunfante de su misión —apuntó el general—. ¿Qué ocurrirá con él? ¿Será moralmente justo y legalmente honesto premiarle con la vida y la libertad, siendo un asesino frío y deliberado?

—La moral y la legalidad, por desgracia, general, están muchas veces reñidas con nuestro oficio del espionaje —sonrió significativamente el profesor Donnelly. La CIA, la KGB o el Intelligence Service británico, muchas veces han tenido que *ejecutar* con total sangre fría a personas que sabíamos inocentes, en bien del país o de la política nacional. ¿Era justo? ¿Era legal? No. Pero lo hicimos todos. A fin de cuentas, sería más humanitario devolverle vida y libertad a alguien que prestara tan gran servicio a Estados Unidos, general. Piense que si no creamos de la nada a un Lester Cabot antes de un mes, es posible que ello signifique miles o millones de muertos americanos en un inmediato futuro. ¿Sirve eso para disipar sus escrúpulos de conciencia?

—No del todo. Pero es válido para quienes trabajamos en la sombra. El espionaje, como usted dijo, no es desgraciadamente un juego de caballeros —suspiró el general Green amargamente—. En sus manos dejo la cuestión, ya se lo dije.

—De todos modos, a partir de ese momento, Mark Donovan vivirá controlado muy de cerca por la CIA —sonrió Van Drutten a su vez—. Y todos sabemos que la CIA no pasaría por alto ciertas

cosas...

—Bien, señores. Ahora voy a comunicarme con el presidente —habló Alvin T. Brandon gravemente—. Cuanto antes resolvamos esta cuestión de modo definitivo, tanto mejor.

—Sí, será preferible así —asintió Van Drutten—. El gobernador de California espera al teléfono también, para ordenar que se cumpla la sentencia o no y un coche celular espera abajo desde la madrugada de ayer, para devolver al reo a su celda de la muerte en San Quintín, si la respuesta presidencial es negativa. Ni ellos ni nosotros tenemos demasiado tiempo. Y es demasiado cruel hacer esperar a ese hombre, con su vida pendiente de un hilo...

Alvin T. Brandon afirmó. Descolgó el teléfono y pidió comunicación directa e inmediata con la Casa Blanca, en Washington, D. C.

Todos los demás, expectantes, aguardaron a que Brandon terminase su charla con el presidente. Al final, colgó, con expresión seria, meditativa, y se volvió a los presentes.

Un silencio dramático, tenso, se hizo en la sala. De las palabras que pronunciase acto seguido aquel alto miembro del ejecutivo federal, dependían muchas cosas. Entre ellas, una vida humana que, a juicio del doctor Van Drutten, merecía la oportunidad de salvarse, por si aquel hombre era realmente inocente del doble crimen que se le imputaba.

Él no creía que Mark Donovan fuese un asesino. Tampoco creía que pudiera llegar a ser jamás un traidor...

—Bien, señores —dijo en ese momento Brandon con su voz más grave y solemne—. El presidente ha tomado su decisión.

Nadie preguntó nada. Ni un comentario, ni un apremio. El general se removió inquieto en su asiento, el profesor Donnelly hizo crujir los nudillos de sus manos entrelazadas, y Van Drutten pestañeó, notando que su corazón palpitaba con más fuerza. Eso fue todo.

—Adelante con el plan, doctor —dijo a este último—. Tiene luz verde para llevarlo a cabo. Aparte de eso, el presidente me ha dado un afectuoso saludo para usted. Es todo, señores.

CAPÍTULO V

Cheryl Donovan sirvió el café. Se puso ella también una taza. Ofreció azúcar, que su visitante rechazó. Ella se sirvió un terrón y movió lentamente la infusión con la cucharilla, mirando a la taza como si en el fondo de ésta se hallara escrito algo que hasta entonces no le había sido dado ver.

El visitante carraspeó, tomando un sorbo de calé. Luego echó una ojeada en derredor. La casa era pulcra, limpia. Pero se notaba la ausencia de lujos. Había observado que la ropa de ella era tan discreta como humilde. Obviamente. Cheryl Donovan no nadaba en la abundancia. Y había una profunda tristeza en sus ojos color ámbar, clavados en el café de su taza.

—Bien, ¿a qué ha venido? —preguntó ella de repente, sin mirarle—. Estoy esperando que me lo diga.

—Perdone, señora —se disculpó vivamente el hombre—. Tiene usted razón.

—Por su credencial he visto que es agente del Gobierno. Me pregunto qué tiene usted que ver en un asunto como éste. Mi marido espera morir en San Quintín. Creí que era solamente un caso estatal, no federal.

—Tiene usted razón. En el proceso de su esposo y la sentencia a la pena capital y su ejecución, nada tiene que ver Washington.

—¿Entonces...? —Ella enarcó las cejas, finas y color castaño claro, en gesto interrogativo.

Verá, señora Donovan. El problema es más complicado de lo que parece —dijo el visitante, tomando otro sorbo de café—. Durante un periodo mínimo de dos meses, la sentencia que pesa sobre su marido, queda en suspenso.

—¿En suspenso? ¿Por qué motivo? —se sorprendió ella.

—Razones de Estado, señora. En ese punto voy a ser terriblemente hermético. No hay respuestas a sus preguntas. Y se le ruega que no hable con la prensa en absoluto sobre este tema, ni con ningún otro medio de comunicación. Además, caso de hacerlo, el Gobierno la desmentiría de inmediato, y el gobernador de California se limitaría a decir que la ejecución ha sido aplazada para una revisión especial del caso.

—Una revisión especial del caso... —repitió Cheryl, con perplejidad—. ¿Es eso cierto?

—No del todo, señora. Pero le repito que no responderé a ninguna pregunta. Bástele saber que Mark Donovan, su marido, no será ejecutado en un período de dos meses como mínimo. Y que existen algunas posibilidades de indulto, eso es todo.

—Dios mío... —Ella tembló, cubriendo el rostro con sus manos crispadas—. Es... es como un milagro. ¿Qué ha sucedido realmente?

—Nada que pueda usted saber, señora —puso cuidadosamente sobre la mesa un talón bancario—. Aquí tiene un cheque por valor de dos mil quinientos dólares.

—¿Un cheque? —El asombro de ella creció de grado, y contemplo con pasmo, entre sus dedos entreabiertos, el verde papelito situado ante ella, a nombre de un banco nacional de primera fila—. Pero ¿a qué viene esto? Usted no es Papá Noel...

—No, no lo soy —rió su visitante, moviendo la cabeza—. Me faltan las barbas blancas y el traje rojo. Ese dinero le será abonado de inmediato, contra presentación de ese cheque. Pero no intente que un abogado o un detective privado, pongamos por caso, trate de averiguar de dónde viene ese dinero. Sólo comprobarla que pertenece a una cuenta privada a nombre de una persona que nada tiene que ver con el Gobierno.

—Eso quiere decir que el dinerosíes del Gobierno...

—Así es, señora Donovan.

—Pero ¿por qué todo esto? No lo veo nada claro. Es extraño, inquietante...

—Quizás. Pero más inquietante sería que su esposo hubiera sido ya ejecutado y usted no recibiese un solo dólar de ayuda. El próximo mes le será enviado otro cheque por el mismo importe. Y así sucesivamente... hasta que sepa algo más concreto sobre la suerte de su marido.

—¿Por qué hacen todo esto por mi y por él? —Trató de exigir ella, algo agresiva.

—Recuerde, señora —sonrió el visitante—. Labios sellados. No hay respuesta.

—¿Tampoco mi marido podrá responderme algo a todo eso, cuando le visite en San Quintín?

—Es que usted no visitará a su esposo en San Quintín ni en parte alguna.

—¿Cómo?

—Recuerde: es un reo sentenciado a muerte. Ya le hizo la última visita, dos días antes de la fecha fijada para su ejecución. Era la última.

—¡Pero él no ha sido ejecutado en la fecha fijada!

—No importa, señora. No hay visitas.

—Eso es cruel, injusto... Podría reclamar a un juez federal...

—No lo haga, señora. No le concederían esa solicitud bajo pretexto alguno.

—Empiezo a asustarme. ¿Qué le ocurre a mi esposo?

—Nada, señora. Le aseguro que nada —sonrió el hombre con expresión sincera—. Es más, puedo decirle que está perfectamente, y feliz porque sabe que a usted no le va a faltar ayuda, ocurra lo que ocurra. Eso deberla bastarle.

—No me basta. Quisiera que él me lo dijese personalmente.

—Eso no va a ser posible. De todos modos, intentaré que reciba un mensaje de su puño y letra confirmándole lo que le digo. Es cuanto puedo hacer por usted, señora.

—No me gusta nada esto. Huele a algo oscuro, quizás siniestro...

—¿Siniestro? No, no. Simplemente confidencial. Al menos de momento.

—Mark, el Gobierno, este cheque, secretos... No entiendo nada. No tiene sentido.

—Comprendo su extrañeza. Le ruego tenga calma, todo es mejor que perder al hombre amado. ¿Tiene familia?

—Unos parientes en Nevada. Sólo eso. Mark y yo no tuvimos hijos.

—Entonces, vaya a Nevada unas semanas. Será mejor para usted. No le faltará la asignación económica mensual, se lo aseguro. Ahora, debo irme —suspiró, poniéndose en pie y tendiendo su mano

cortésmente—. Adiós, señora.

—Por favor, una pregunta más, no se marche... —rogó ella.

—No le garantizo la respuesta. Sin embargo, puede hacerla.

—Mi marido. Mark... ¿cabe la posibilidad de que sea... inocente? —musitó ella, con voz ronca.

—¿Usted no tiene fe en él?

—Sí, eso sí.

—Y en su inocencia.

—También —susurró Cheryl Donovan, pero no sin que antes mostrase una leve vacilación en su voz y en su tono.

—Entonces, esté tranquila —sonrió su visitante—. Y confíe en el futuro. Confíe en su esposo. Es cuanto puedo decir le de momento. Buenas tardes, señora Donovan.

—Buenas tardes, señor... Smith —dijo, repitiendo con cierta ironía el apellido, a todas luces falso, que le diera al llegar su visitante.

El hombre sonrió, sin hacer comentario alguno, y abandonó la vivienda de la señora Donovan. Ella se dejó caer en el asiento, profundamente pensativa, con una sombra de incertidumbre en su bello rostro de suave tez, los ojos ambarinos perdidos de nuevo en el fondo oscuro del café de su taza, que se enfriaba sin que ella lo probase otra vez.

* * *

La enfermera Kelly depositó una bandeja sobre la mesilla. En ella, el caldo frío, el zumo de frutas y las verduras trituradas, esperaban en sus recipientes, con cañitas flexionadas, para ingerir con mayor facilidad.

—Su almuerzo, señor Cabot —dijo suavemente la voz de la joven y pelirroja enfermera.

—No me llamo Cabot —dijo secamente la voz por entre las rendijas que el vendaje que envolvía su cabeza dejaban libres.

—Claro que no —rió ella—. Pero debe irse habituando a que le llamen así. Nadie va a mencionarle por el nombre de Mark ni el de Donovan, de ahora en adelante. Hágase a la idea de que Mark Donovan ha muerto...

—Eso no tiene gracia, enfermera —se irritó el paciente,

clavando sus ojos grises en ella, a través de otros dos resquicios en los vendajes que le convertían en una especie de momia.

—Perdone. No pretendía hacer ningún chiste —se puso ella seria—. De cualquier modo, está usted vivo. Y eso es lo que importa, ¿no?

—No sé —confesó la voz de Donovan, ahogada a medias por las vendas—. Ya no sé nada, enfermera. ¿Todo va bien?

—¿En su operación? Por supuesto. No ofrecía problema alguno, el doctor Schneider es un genio de la cirugía plástica. Tiene una clínica en Suiza donde vale millones que una actriz de cine o un actor famoso rejuvenezcan su físico y borren arrugas. Su caso era infinitamente más fácil.

—A veces me duele bastante la cabeza aquí —se tocó Donovan en un punto concreto de su cráneo, tras la oreja izquierda.

—No se preocupe —sonrió la enfermera—. Ahí tiene algunos puntos de una costura de su cuero cabelludo, ligeramente cambiado en su arranque. Se pasará pronto y no recordará nada de todo esto.

—Me administran frecuentes barbitúricos para que duerma horas y horas. ¿Por qué eso?

—Bueno, existe la teoría de que se memorizan mejor las cosas estando una persona dormida. Forma parte del sistema educativo para convertirle de forma intensiva en un agente especial.

—No creo que resulte. Yo nunca he sido espía. Ni me gustaron jamás los espías.

—No debe pensar que las cosas en la vida real son como en las películas de James Bond, *señor Cabot* —dijo remarcando el nuevo nombre del paciente de modo significativo—. Usted no va a ser un improvisado 007, si es eso lo que teme. Sencillamente, es necesario que aprenda algunas cosas para salir airoso de una misión difícil, eso es todo.

—Ya —los ojos de Donovan la miraron—. Usted, en cambio, sí parece sacada de una película de 007. Estoy seguro, enfermera, de que debe tener un tipo impresionante en bikini. Y absolutamente fantástico si se quita el bikini.

—¡Señor Cabot! —protestó ella con vivacidad—. Eso es totalmente procaz por su parte...

—Perdone, pero es la verdad. No pretendía ofenderla. Quiero a mi mujer y no he pensado en usted de un modo impúdico, si es lo

que teme. Simplemente quería verla como un ser humano, no como una fría y eficiente enfermera.

—Le aseguro que podré ser una eficiente enfermera, pero no soy nada fría —replicó la enfermera Kelly con altivez.

—Eso está mejor —rió suavemente Donovan entre sus vendajes—. Veo que, realmente, si es usted *humana*.

Aun a su pesar, ella se echó a reír. El hielo se había roto entre ella y el paciente glacial y agresivo que le había tocado en suerte. También Donovan se humanizaba, pero ella optó por no comentarle ese aspecto de la cuestión. Por el contrario, se sentó al borde de la cama y explicó con naturalidad:

—Mi nombre es Sue Kelly. Puede llamarme de ambas formas como guste. A fin de cuentas, vamos a convivir de este modo un mes entero. Soy la encargada de su cuidado personal en todo este tiempo.

—Ya veo. También estaba usted en el quirófano, ¿no es cierto?

—Así es. Fui ayudante del doctor Schneider y del doctor Van Drutten.

—¿Van Drutten? ¿No es el de los trasplantes? —Se inquietó Donovan.

—Así es. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Me han trasplantado quizás algún órgano ajeno?

—No, en absoluto. Le doy mi palabra que no lleva nada que no sea suyo. Ni un solo trasplante humano, se lo aseguro. ¿Más tranquilo?

—Sí. Una cosa así era lo que iba a ocurrir con ese hombre, Lester Cabot, si hubiese vivido. Estaba hecho a la idea. Pero ahora me han prometido que seguiría siendo yo mismo. Y que el premio al éxito de mi tarea podría ser no sólo la vida, sino la libertad... y una suma en metálico para rehacer mi vida.

—No le han mentado.

—Pero si fracaso, el precio podría ser la muerte.

—Así es —asintió ella, inclinando la cabeza—. También se lo han dicho, ¿no?

—Debo admitir que sí.

—Y usted aceptó, pese a todo.

—¿Qué tengo que perder? —rió huecamente Donovan—. Sólo cambio la forma de morir, en el peor de los casos. Vale la pena

intentarlo.

—Por supuesto que sí. Personalmente, confío en usted. Sé que todo irá bien.

—Le sobra confianza. También cree en mi inocencia, sin tener evidencia alguna.

—Le oí jurarlo. Y el modo como lo hizo. Quiero pensar que fue totalmente sincero, señor Cabot.

—Sí, lo fui —suspiró él, apoyando la cabeza en la almohada y mirando a los alimentos con disgusto—. ¿Cuándo podré comer algo sólido?

—Cuando le quiten los puntos de la boca —dijo ella—. Debe tener paciencia.

—Está bien. La tendré —aceptó, resignado, tomando la bandeja, y comenzando a succionar el caldo frío.

Sue Kelly se puso en pie, le miró complacida y caminó hacia la puerta. Donovan observó que tenía unas piernas realmente bonitas, y al taconear sus nalgas vibraban deliciosamente bajo la falda blanca de enfermera.

—Pasaré luego, antes de la clase de códigos cifrados, señor Cabot —dijo, nuevamente convertida en la eficiente enfermera que era—. A partir de hoy, la enseñanza será más intensa. Hay poco tiempo para enseñarle cuanto debe aprender antes de... Se interrumpió. Desde su lecho. Donovan interpelló, curioso:

—Antes de... ¿qué?

—Antes de abandonar esta base, naturalmente, e ir adonde debe cumplir su misión.

—¿Será muy lejos eso? —quiso saber el paciente.

—Eso, ni siquiera yo lo sé —confesó ella, cerrando suavemente la puerta.

* * *

—Es un país europeo.

—¿Europeo?

—Sí. Un país del Este en plena crisis política. Últimamente se ha temido que pueda ser el foco de la Tercera Guerra Mundial.

—Entiendo. Una especie de boca del lobo... —sonrió Mark Donovan, cuyo nuevo rostro era, exactamente, el mismo que en

vida vieron todos a Lester Cabot, el agente especial más famoso de la Agencia Central de Información de Estados Unidos.

—Algo así —corroboró Hasper W. Baywater gravemente, mirando al nuevo rostro del hombre sacado de San Quintín para llevar a cabo aquel alucinante proceso de suplantación—. Un país peligroso en alto grado. Muchos extranjeros y hasta ciudadanos allí nacidos han sido arrestados, juzgados y ejecutados en los últimos meses de crisis, produciéndose «purgas» sin precedentes desde otros tiempos de represión tristemente conocidos en la historia de la postguerra mundial.

—¿Allí debo ir?

—Sí, señor Cabot. Allí debe ir. Y observe que siempre, *siempre*, será usted llamado aquí Lester Cabot. Nunca deberá responder a otro nombre. Ha sido educado a no volverse instintivamente ni a responder por reflejo a los nombres de «Mark» o «Donovan», durante este mes de intensiva preparación. Creo que está a punto para afrontar su difícil tarea. Pero siempre conviene insistir sobre ciertos puntos vitales para el buen éxito de su misión y, por ende, para su propia integridad personal.

—¿En qué consistirá mi misión?

—En establecer contacto con unas personas a quienes el auténtico Lester Cabot conocía muy bien. Ésa será su única tarea.

—¿La única? ¿Para eso todos estos preparativos?

—Usted no lo entiende aún. Esas personas hace ya cinco meses largos que no logran establecer contacto con nosotros ni con nuestros agentes ni diplomáticos. Aunque aparentemente son leales a su Gobierno, están vigilados noche y día por razones de seguridad. Dar un paso en falso significaría su muerte. Y no sólo eso, sino el fin de nuestro trabajo de casi tres años en ese país.

—¿No pueden transmitirles lo que ellos sepan?

—No. En modo alguno. Residen junto al Cuartel General del Ejército y a un bloque destinado a la Policía Militar del Estado. Hay dos grandes antenas situadas en su vecindad. Cualquiera de ellas posee sobrada potencia para captar cualquier transmisión radiada de un mensaje cifrado.

—¿Y otra forma de comunicación?

—No existe, sin correr un riesgo gravísimo. Tiene que llegar alguien que obtenga esos datos y los traiga aquí.

—¿Podrán pasar a través de la vigilancia policial y militar de ese país?

—No. Rotundamente, no. Ningún documento ni microfilm pasaría los controles fronterizos de la nación. Poseen sofisticados medios de control.

—¿Entonces... qué esperan que pueda hacer yo?

—Mire, Cabot, le hemos preparado especialmente para ello. Usted posee injertado un mecanismo pequeño e ingeniosísimodentro de su cráneo.

—¿Dentro? —Se tocó tras la oreja izquierda, rápidamente.

—Eso es. No se trata de una costura vulgar. Dentro lleva un micro-control que se cuidará de mantenernos en contacto constante, a través de una terminal de computadora, donde podremos seguir su misión de un modo relativamente cercano y fiel.

—¿Una especie de cerebro electrónico adosado al mío? —preguntó Donovan, desconfiado.

—Exacto. Pero todo a escala microscópica, como ahora le es posible a la electrónica. Además, todo el material utilizado en su estructura es totalmente refractario a todo sistema de detección y ningún metal forma parte de sus circuitos, gracias a una revolucionaria técnica cibernética en desarrollo.

—¿Qué más puede hacer esa especie de espía metido en mi cabeza?

—Cuidar de usted, simplemente —mintió con frialdad el hombre del Gobierno—. A través de ese ingenio, todo lo que sepa nuestro agente infiltrado en ese país, llegará a nuestra terminal fielmente, salvando todos los problemas de control y de interferencia de los sistemas de ese Gobierno del Este. Y en caso de emergencia o peligro, a través de ese mismo computador recibirá instrucciones en clave, desde aquí, que podrá usted llevar a la práctica sin pérdida de tiempo.

—Ojalá funcione la cosa —suspiró Donovan, no demasiado convencido—. ¿Ese hombre me dará microfilmes y documentos para transmitir?

—No. Ese hombre no posee un solo documento. Es lo que se llama un «memoriógrafo». Es decir, logramemorizartoda clase de datos, cifras y planos, dibujos o apuntes, con exactitud matemática. Su único problema es no podertransmitirfuera de sus fronteras. En

estos momentos posee secretos valiosísimos para nosotros sobre el Pacto de Varsovia, planes militares, estrategias de las fuerzas del Pacto, e incluso documentos secretísimos del Alto Estado Mayor, y algo relativo a una nueva arma. Pero ese «memoriógrafo» es amigo de Lester Cabot. Y sólo confiaría su secreto a Cabot en persona. A nadie más, eso nos consta, porque no se fía *denadie*.

—¿Y siendo amigos, yo debo intentar engañarle como si fuera el propio Cabot? —dudó Donovan—. Lo veo difícil, por no decir imposible. Si posee una memoria fotográfica de tal calibre, no le será difícil ver en mí cosas y detalles que no encajarán con el Cabot que él conoce...

—No se preocupe. Aunque son amigos, van a tratar muy poco tiempo, y en una sola entrevista decisiva. Será cosa de media hora en total. Usted va a aprender de aquí al momento de partir hacia allá, cuanto sabemos acerca de Cabot, sus movimientos, sus gestos, sus hábitos, su voz, sus costumbres y tics habituales. Él nos facilitó por otro lado un *dossier* exhaustivo sobre su relación con esa persona. De modo que no hay nada que temer en ese terreno, siempre que actúe usted de forma adecuada.

—Bien. ¿Quién es la persona, en concreto?

—Verá. Ése es otro punto especial de su misión, que Cabot no llegó a aclararnos demasiado.

—¿A qué se refiere?

—Las personas que le esperan en ese país, son matrimonio. Ambos militan contra el régimen imperante allí, a favor de la libertad y de los derechos de los hombres libres y dueños de su destino. Pero de ese matrimonio, cuyos dos miembros son igualmente amigos íntimos de Lester Cabot, uno de ellos es el «memoriógrafo» y el otro le ayuda a memorizar. Lo único que ocurre es que... no sabemos quién de los dos es el que posee esa memoria excepcional. Ni quiénes son ellos.

—¿Es posible? —se asombró Donovan.

—Sí, es posible. Lamentablemente, él podía resolver ese problema porque conocía sobradamente a ambos. Sin embargo, nunca imaginó que sería otra persona quien fuese en su lugar, por la sencilla razón de que sabía que, o lo hacía él, o nadie lo haría jamás. Usted tendrá que resolverlo por sí mismo. Como si supiera quién posee la memoria prodigiosa y quién es su auxiliar y

colaborador eficaz. Ellos se ocuparán de establecer contacto con usted, no tema.

—Creo que valdría más haber entrado en la cámara de gas —bromeó lúgubremente Donovan—. Era menos arriesgado que esto.

Incluso un hombre severo como Baywater, se permitió una vaga sonrisa, aunque su mirada al que fuera reo a muerte de San Quintín fue fría y distante.

—Personalmente, no aprobé este proyecto, señor Cabot —dijo, utilizando siempre el nuevo y falso nombre de Donovan—. Pero el presidente dijo su última palabra y todos tuvimos que acatarla. A él le debe usted seguir con vida y a punto de meterse en el mayor lío de su vida, y meternos de rechazo a nosotros en un dilema sin salida. Pero de no mediar en todo esto el doctor Van Drutten, nada hubiera sido como es, bien lo sabe. En fin, dejemos eso de lado. Lo cierto es que ya estamos en el disparadero, y hemos de confiar ciegamente en usted como agente nuestro. ¿Cree que podrá salir con bien del asunto?

—Al menos lo intentaré. Pero me gustaría saber algo fundamental en esa misión.

—¿Qué es ello?

—¿Cómo piensan que entraré y saldré del país, sin ser arrestado, juzgado o ejecutado por las fuerzas militares y policíacas de ese régimen?

Baywater sonrió, frotándose el mentón, e inclinándose confidencial hacia el joven ex-condenado que se preparaba a iniciar una extraña y tensa misión en un lugar del mundo que desconocía totalmente, bajo una falsa personalidad que no haría sino dificultar el posible resultado final de esa misión.

—Eso, amigo mío, va a saberlo muy pronto... —se limitó a decir, con tono enigmático.

CAPÍTULO VI

Vaya si lo había sabido.

Y ahora, cuando parte de esa etapa estaba resuelta favorablemente, se preguntaba cómo pudo aceptar semejante locura con la vaga, remota esperanza de salir vivo de aquel oscuro y feo asunto.

Ya estaba dentro de las fronteras del país en cuestión.

Y las cosas eran mucho más difíciles y amenazadoras, incluso, de lo que presagiaban las nada optimistas palabras del alto funcionario federal, Hasper W. Baywater. Aquel país del Este de Europa, sometido a las fuertes presiones políticas y militares de su entorno geográfico y de sus alianzas y pactos con el coloso oriental, estaba ya no en crisis, sino en plena ebullición, en un clima de tensión y zozobra rozando el paroxismo y el caos.

Pese a todo, había logrado salvar las herméticas fronteras y llegar a la capital del Estado, distante no más de treinta millas de la frontera occidental del mismo.

La forma de llegar hasta allí había sido algo más que ingeniosa. Para Mark Donovan, por vez primera metido en problemas de espionaje internacional, todo aquello tenía un matiz delirante, de pura esquizofrenia o poco menos.

Echó la mirada atrás, mentalmente, mientras paseaba, envuelto en un grueso chaquetón de pieles, y con un gorro de astrakán sobre su cabeza, por las nevadas e inhóspitas calles de la capital, repletas de policía militar y controles de todo género.

Y recordó el modo novelesco en que llegara hasta este momento, en el corazón del territorio enemigo, rodeado de peligros por doquier.

En estos momentos, era el reportero Lester Cabot, de la INA, o

Agencia Internacional de Noticias, con sede en París y Londres, si bien con pasaporte canadiense. Pese a que nada en su aspecto recordaba al típico norteamericano —de ahí otra de las razones por las que el auténtico Cabot había sido elegido para tal misión—, no se había podido sustraer a rigurosos controles policiales y de aduanas, exámenes de todo tipo y un minucioso registro de su liviano equipaje y de su propia persona. Pero, como dijeran los hombres de la CIA, su placa inserta en el cráneo pasó totalmente inadvertida a toda clase de sistemas de detección. Como no llevaba consigo armas ni objeto alguno que significase un riesgo para las autoridades locales, logró pasar con éxito todos esos lentos trámites y obtener el visado de entrada en el país, sin más problemas.

Había conocido en el hotel del Pueblo, el primero y mejor de la ciudad de Slensko, a varios compañeros de profesión —aunque ellos auténticos, por supuesto—, que trabajaban como corresponsales de diversos países en Balkania^[1]. Hombres y mujeres avezados a la corresponsalía en países conflictivos y con un clima tenso y peligroso, a quienes sin embargo parecía impresionar considerablemente la atmósfera de inquietud y de violencia latente que existía en aquel pequeño pero estratégico país centroeuropeo, ahora bajo la férrea dictadura del Este.

Le habían tratado con cierta displicencia al considerarle un reportero novato en su especialidad, y eso lejos de irritarle le había complacido. Lo más importante en estos momentos era pasar desapercibido para todos.

Como le indicaran previamente en Estados Unidos, aquel hotel tenía para él una situación estratégica, puesto que los dos sólidos y sombríos edificios vecinos, fuertemente custodiados día y noche por fuerzas uniformadas y bien armadas, correspondían precisamente al Cuartel General del Ejército y al Centro de la Policía Militar del Estado. Dos instituciones que parecían poseer el control absoluto de la vida ciudadana de Balkania, especialmente de su pintoresca capital, asentada al pie de nevadas montañas abruptas, tras las cuales se hallaba el resto del país, en dirección Este, y sus fronteras con otros países del llamado «Telón de Acero».

Mark Donovan sabía que ahora estaba solo, lejos de todos sus posibles protectores, lejos de la patria, y totalmente solo ante un adversario difícil e implacable. Pero no se sentía asustado en

absoluto. Después de todo, pensaba, esto era mejor que estar muerto, después de haber pasado por la cámara verde de San Quintín.

Hacía frío esa tarde. Un viento seco y desapacible barría las calles, arremolinando en algunos puntos la nieve que descendía con lentitud al asfalto, cubierto ya por una helada costra blanca, a resultas de pasadas nevadas.

Pasó ante el sombrío edificio del Centro de la Policía Militar. En la puerta, varios vehículos blindados y unos hombres de uniforme color verde parduzco, con cascos de acero gris y fusiles ametralladores en sus manos, paseaban rítmicamente, montando guardia. Otro grupo de policías militares —que por cierto sólo se diferenciaban de los soldados en el color del uniforme, más amarronado en éstos—, charlaba y reía, en torno a un banco de piedra, fumando cigarrillos y leyendo las páginas cómicas de un periódico local, cuya lengua resultaba para Lester absolutamente desconocida.

Algo más allá, se alzaba otro edificio con porches, muy antiguo y típico, de fachada pintada de un color asalmonado, con un pequeño café-restaurante. Donovan se puso en guardia. Le habían hablado de aquel local en California, antes de partir hacia Centroeuropa.

Era uno de sus puntos de destino. El lugar donde encontraría a las personas que buscaba. Personas de quien ni siquiera la gente de la CIA sabía cosa alguna. Sólo el difunto Lester Cabot sabía quiénes eran ellos exactamente. Pero él no era Cabot. Y, sin embargo, se suponía que debía conocer perfectamente a sus dos amigos establecidos en Balkania.

Donovan entró en el porche, al resguardo del viento y la nieve. Pasó ante una pequeña relojería y un establecimiento destinado a empeño de ropas, joyas y toda clase de prendas. La tercera vidriera correspondía al bar-restaurante, pequeño y acogedor. Lester se acomodó en una mesa junto a la propia vidriera, desde donde podía distinguir fácilmente el Centro de la Policía militar. Las sillas eran viejas, de crujiente madera, y la mesa de mármol pertenecía, sin duda, a principios de siglo. Aparte de él, sólo una pareja de personas de edad avanzada tomaba café en otra mesa y un oficial del Ejército terminaba de comer al fondo de la reducida sala, no

lejos del mostrador. En el muro, junto a las estanterías con botellas, aparecía un retrato enmarcado del dictador del país, uniformado y con el pecho cubierto de medallas, junto a una bandera de Balkania.

Se le aproximó una mujer de mediana edad, cabellos oscuros y figura delgada, vestida enteramente de gris oscuro. Como casi todo el mundo en la ciudad, tenía una expresión de profunda tristeza en su rostro, y no parecía demasiado bien alimentada. Donovan había advertido que no abundaban precisamente los alimentos en las tiendas de Slensko.

—Buenas tardes —saludó en lengua inglesa, dificultosamente—. Extranjero, ¿verdad?

—Canadiense —asintió Donovan, mirando fijamente a aquella mujer, que quizás era una de las personas amigas de Cabot a quien iba buscando—. ¿Sabe inglés?

—Un poco —sonrió débilmente la mujer—. Antes teníamos bastante turismo. Eran tiempos mejores.

—Sí, lo supongo —suspiró Donovan—. ¿Se puede comer?

—Naturalmente. Pero la carta no es muy extensa. No como en su país, señor. Sólo hay un menú de dos platos. No se puede servir más. Racionamiento, ¿comprende?

—Desde luego. Deme el menú. ¿Tienen cerveza?

—Sí. Una jarra por persona. Es lo establecido.

—De acuerdo. Puede servirme, por favor. Espero que la comida sea buena, al menos.

—Bien condimentada. Le gustará. Son platos típicos del país, señor.

Se alejó. Al regresar, le sirvió una sopa con trozos de carne, pasta y verduras, bastante aceptable. La cerveza era natural, algo oscura y fuerte. Le supo a poco. El segundo plato resultó ser, simplemente, una combinación de huevos con carne de cerdo, en salsa picante. No estaba mal del todo, pensó Donovan, observando que un hombre había salido, situándose tras el mostrador para limpiar vasos y cobrar la comida del militar, cuando éste se levantó. Era un individuo de unos cuarenta años, fuerte y rubio, algo colorado de rostro, con ojos muy azules. Le dirigió una mirada indiferente en una ocasión, y no pudo estar seguro de que fuese él la persona a quien tanto conocía Lester Cabot.

Con aquella luz de día nublado y con nieve, y en el oscuro local,

su semejanza con Cabot tenía que ser absoluta. El mismo había visto fotografías y filmaciones con el auténtico agente, una vez desprendidos sus vendajes del rostro, y tuvo que admitir que la obra del doctor Schneider había sido portentosa. El parecido era increíble. De modo que si estos dos eran la pareja que buscaba, ya debían haberle identificado como el hombre procedente de Estados Unidos, su viejo amigo. Pero no daban muestra alguna de reconocerle en absoluto.

Cabía la posibilidad de que algo imprevisto hubiera sucedido entretanto en Slensko, y los actuales dueños del restaurante fuesen otros, bien distintos a los que él esperaba hallar. Aunque, por otro lado, nadie sabía que la pareja de personas que trabajaban ahora para Estados Unidos y el mundo libre, fuesen precisamente los dueños o encargados de este local. Sólo sabían que allí tenía que encontrar Lester Cabot a sus amigos, el «memoriógrafo» y su cónyuge.

Terminó de comer sin que nada confirmase sus esperanzas. La vieja pareja se marchó, y él se quedó solo en el local. Se puso en pie. Fue al mostrador y pidió la cuenta al hombre del mostrador, que se limitó a responder en su lengua, con fuerte acento eslavo, demostrando no saber nada de inglés. Ante la imposibilidad de entenderse, el hombre escribió en un papel el importe. Donovan pagó en moneda local, sin dejar propina. Le habían advertido que esa costumbre no se aceptaba en Balkania por orden rigurosa de las autoridades. Se despidió con un gesto, y el hombre le dijo algo en su lengua, sonriendo cortésmente, sin dejar de limpiar vasos.

Llegó a la puerta. La abrió, con un campanilleo suave. Antes de salir, miró atrás. La mujer asomaba por la puerta de la cocina, mirándole, mientras se secaba las manos en el delantal. Al verse sorprendida, se metió adentro con rapidez.

Cerró tras de sí, caminando por el porche sin prisas. De momento, el contacto no se había producido en absoluto. Al haber dado solamente cuatro y cinco pasos, casi se tropezó con una pareja que salía en esos momentos de la relojería, llevando en la mano un viejo y pesado despertador. Se disculpó con rapidez, instintivamente, en lengua inglesa:

—Oh, perdonen. Iba distraído... —Se detuvo al pensar que no le entenderían.

Pero se equivocaba. La mujer lo contempló, arqueando las cejas sorprendida, y el hombre preguntó con voz grave, en un inglés imperfecto pero inteligible:

—¿Es usted americano, señor? ¿O inglés, tal vez?

—Podría decirse que americano —sonrió Donovan—. De Canadá. Veo que habla mi lengua muy bien.

—Oh, no demasiado bien —rechazó el hombre, sonriendo ampliamente—. ¿Sale de mi casa quizás?

—¿Su casa? —indagó Mark, en guardia.

—Sí, el restaurante. Somos los dueños, señor. Sirven nuestros primos ahora.

—Oh, sí, sí. He comido allí. Buena comida. Bien guisada.

—Lástima que no haya mucha variedad —suspiró él—. El racionamiento, ¿sabe? Ésta es mi esposa. No habla muy bien el inglés, pero lo entiende. Eva, el señor es americano, de Canadá. Canadiense, no norteamericano, ¿comprendes?

—Sí, sí —afirmó ella vivamente, sonriendo y moviendo la cabeza—. Mucho gusto, señor...

—Lester Cabot —dijo él, cortés—. Periodista. Vengo de Londres.

—Yo soy Stanislaw Brosky. Es un placer, señor Cabot. Venga cuando quiera por mi establecimiento. Está invitado a una cerveza.

—Uf, eso sí será un placer para mí —sonrió Mark, aliviado—. Creo que voy a echar de menos la abundancia de cerveza en mi país y en el resto de Europa... Iré a cenar hoy, palabra.

—No vaya después de las ocho. Cerramos a las ocho y media. Es la ley militar, ¿comprende? Todos los establecimientos cerrados a las ocho y media. Nadie puede quebrantar esa disposición.

—Muy bien. A las siete estaré allí —prometió Cabot, saludándoles cordialmente antes de alejarse. A su espalda, sonó el tintineo de la puerta; la pareja entró en el restaurante. Donovan no se volvió ni una sola vez. Un par de policías militares le miraban. Luego echaron a andar hacia él. Notó que se aceleraba su pulso. Y allá, en el interior de su cabeza, el micro-control electrónico debió acusar esa alteración psíquica. Y la transmitió, de inmediato, a la terminal situada a miles de millas de distancia, en los lejanos Estados Unidos, a través de otros receptores electrónicos situados en París, Londres y las Bermudas.

Solamente un par de segundos más tarde, notó una leve

vibración en su cráneo. El contacto cibernético funcionaba, emitiendo un mensaje cifrado, a base de un sistema similar al Morse, de pulsaciones breves o alargadas. Mentalmente tradujo la pregunta del computador central:

¿Qué sucede ahora? Manténgase tranquilo si hay algún imprevisto. Sereno, por encima de todo. Sus pulsaciones han aumentado en exceso, pero no parece ser por un peligro máximo.

Se serenó cuanto pudo. Y no era fácil. Porque los dos policías militares habían enarbolado sus fusiles ametralladores apuntándole a él. Se movieron en su dirección, para cerrarle el paso. El pisar fuerte de sus botas en la nieve helada, hizo crujir ésta. Tranquilo, pero tenso, Donovan se paró en seco.

Le dijeron algo en su idioma, con gesto adusto. Mark se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Respondió, intentando hacerse comprender:

—*Amerikan. Kanadian*, no yanqui. *Amerikande* Canadá...

—*Dai* —contestó uno, afirmativo, al entenderle—. *Dokument*.

Asintió, sacando su pasaporte canadiense, así como su credencial, perfectamente preparada por los servicios de documentación y material de la CIA. El policía lo tomó, mientras el otro le seguía encañonando. Pasó las hojas del pasaporte, comprobando su fotografía y datos. Luego echó una ojeada a la credencial plastificada.

—*Perriodist* —dijo, seco, arrugando el ceño y mirándole—. *Korrespondant, dai?*

—Sí —afirmó de nuevo Donovan. Y añadió, para hacerse entender mejor—: *Dai. Korrespondant London*.

—*London, British, Dai* —y le tendió de nuevo los documentos. Luego, dificultosamente, trató de decir algo en inglés, lo que resultó sumamente raro y pintoresco—: *Grachias*. Continuar. No problemas.

—Descuide, amigo —suspiró Donovan, guardando sus documentos—. Procuraré no crearles problemas ni creármelos a mí. Adiós, muchachos. Me disteis un buen susto.

Los policías sonrieron, para tornarse luego inexpresivos de nuevo, y volver junto a sus compañeros, en el banco de piedra situado ante el edificio policial, en la plazuela pintoresca.

Debía de funcionar ya bien su organismo, porque la célula electrónica no volvió a emitir sonido alguno de advertencia ni

mensaje de ninguna clase en su cerebro. Se alejó, de regreso al hotel, mientras la tarde, pese a estar en sus inicios, se volvía torva y oscura, presagiando más nieve y más frío.

—Lo que es divertido, no resulta en absoluto este país —comentó Donovan para sí, mirando las carteleras de un cinematógrafo cercano, donde exhibían, como si fuese un estreno, la película *El ladrón de Bagdad*, junto con un documental bélico de propaganda política, a juzgar por el nombre y las fotocopias de publicidad de la fachada.

En el hotel saludó a sus compañeros de profesión, o cuando menos los que ahora lo eran, aunque ficticiamente, al representar su papel de corresponsal de una agencia de noticias londinense. Subió a su habitación y se puso a escribir en su máquina portátil, que había sido revisada en la aduana hasta en sus más mínimos detalles, por si ocultaba en su interior algo que no fuese correcto.

Si era corresponsal y no escribía algo, podía despertar sospechas. No es que se le diera demasiado bien la redacción literaria, pero se le ocurrió intentar una especie de reportaje de cuanto había visto y vivido hasta entonces en Slensko, para enviarlo por télex desde el Centro de Prensa Extranjera, situado a dos manzanas del hotel, en el mismo edificio donde, *casualmente*, se hallaba el Departamento de Censura y Control de Publicaciones del Estado Democrático de Balkania.

Resultó bastante bien al final. Lo releyó, retocó algunos párrafos, y pensó que para ser de un profano, no resultaba demasiado mal en conjunto. Pero se preguntó si su sombría visión de la vida balcánica gustaría a los censores del Gobierno.

Pronto tuvo respuesta. A media tarde fue al Centro de Prensa Extranjera y quiso transmitir el texto a Londres, a las oficinas de la auténtica Agencia Internacional de Noticias a la que ficticiamente pertenecía.

—Perdone, señor Cabot —le interrumpió un funcionario de la sala de télex, que parecía dominar sospechosamente bien diversos idiomas, puesto que un momento antes había hablado en francés a otro corresponsal—. Primero debemos comprobarlo.

«Comprobarlo» resultó sumamente vago y ambiguo. Al recuperar su escrito, habían tachado en rojo varios párrafos y algunas frases completas.

Ése era el modo de censurar las crónicas en Balkania. El funcionario, al devolverle el escrito, se limitó a comentar, con una fría sonrisa cortés:

—Tenga cuidado con sus expresiones en lo sucesivo, señor Cabot. No nos gusta, naturalmente, que en el extranjero tengan una visión tan tétrica de nuestro bello país. Esa actitud no es propia de una persona que agradezca nuestra hospitalidad para con los extranjeros, compéndalo. Y podría dar lugar a un enojoso problema que le impidiese continuar su corresponsalía aquí.

No se andaban allí por las ramas, pensó Donovan, para advertir a una persona de que podía ser expulsada de inmediato si no gustaba su modo de ser a las autoridades.

Pasó la tarde en el hotel, tomando un par de copas de una especie de aguardiente nativo, que por fortuna, no parecía estar racionado, como la cerveza o el vino.

A las siete en punto, se dirigió al pequeño restaurante de la plaza. Ya era noche oscura en Slensko, la nieve caía densamente y el frío era intensísimo. Las luces en las calles no destacaban precisamente por su esplendor. Los comercios habían cerrado sus puertas, y los escaparates no estaban iluminados. El aspecto de las nevadas calles y plazas, era realmente depresivo.

Entró en el restaurante. Los primos del matrimonio Brosky no aparecían ahora por parte alguna. En cambio, la señora Brosky servía cervezas a varios soldados y policías agrupados en el mostrador, que le miraron inquisitivamente, aunque sin solicitarle documentación alguna ni acercarse a él. Calmoso, Donovan se acomodó en la misma mesa de la mañana. De un corredor del fondo, situado frente a la puerta de la cocina, salió Stanislaw Brosky, mientras su mujer le dirigía un saludo sonriendo, moviendo la cabeza.

—Oh, el señor Cabot, el canadiense —dijo Brosky en inglés, acercándose cordial a su mesa—. Esta noche puede variarle el menú para no fatigarle con nuestros platos típicos. Tenemos algo de pescado. Congelado, pero de buena calidad, ¿sabe? Mi mujer lo ha cocinado con salsa y espárragos. Creo le gustará.

—Muy amable, señor Brosky —sonrió Donovan, volviendo a preguntarse si aquella amable y sonriente pareja sería quienes él pensaba que podían ser, pese a que, de momento, nada habían

dicho al respecto—. ¿Y sus primos? ¿Ya no están?

—Terminaron su horario de trabajo. En Balkania no hay empleados, señor Cabot. Todos trabajamos para el Estado. Sólo los familiares ayudan en el trabajo. Y ellos tienen también sus cosas que hacer en su propia casa. Viven aquí, encima del local, lo mismo que nosotros, en los dos pisos superiores. Son amables, ¿verdad?

—Sí, mucho. En realidad, todos ustedes lo son, señor Brosky.

—Usted es muy amable —inclinó la cabeza más hacia él y añadió, en un cuchicheo rápido—: No se preocupe por los soldados y policías. Son buenos clientes nuestros de cada día, y estando aquí no molestan a nuestros parroquianos. Pero cuando regrese a su hotel, seguro que alguno le pedirá en la calle sus documentos. Todo está muy controlado desde hace siete meses, cuando hubo el intento de contrarrevolución por parte de un grupo disidente armado por el extranjero.

Donovan asintió, mientras Brosky se alejaba hacia la cocina. Tuvo razón. La cena fue excelente. Y le sirvió dos cervezas en vez de una, lo cual era de agradecer, si bien lo hizo de modo que los militares no se diesen cuenta de ello. Donovan seguía preguntándose si aquel hombre sería quien él buscaba o no. No podía tomar la iniciativa, sin embargo. En Estados Unidos le habían dicho que los amigos de Cabot lo harían en todo caso.

Pero ¿y si habían notado que él no era Cabot realmente? Los Brosky parecían listos y perspicaces. Y si eran ellos el «memoriógrafo» y su cónyuge...

Decidió dejar de lado esas cuestiones por el momento. Después de cenar, pagó y se despidió hasta el otro día. Tanto Stanislaw como Eva Brosky le saludaron con toda cortesía y amabilidad.

Tuvo razón el dueño del local. Una patrulla le detuvo en la calle, comprobando su identidad. Le permitieron seguir hacia el hotel sin problemas. Esta vez no se alteró. La célula electrónica continuó inmutable bajo la piel de su cráneo.

Entró en el hotel. Los demás periodistas se habían retirado ya a descansar. Él decidió entrar en el bar y pedir un aguardiente de aquéllos, antes de ir a dormir. El camarero le miró, sorprendido.

—Lo siento, señor —dijo—. Iba a cerrar. Es la ley.

—¿No puede servirme una copa, al menos?

—Sólo una. Suba a tomarla a su habitación. No puedo mantener

esto abierto más tiempo —se justificó el empleado, echando una nerviosa mirada al reloj.

—Preciosas leyes las tuyas —bostezó Donovan—. Supongo que ni siquiera habrá televisión ahora...

—Sí, el programa de las Fuerzas Armadas —explicó el camarero, sirviéndole la copa—. Muy interesante e instructivo.

—Oh, sin duda. Desfiles, tanques, soldados... Muy instructivo —dijo Mark, sarcástico, sacando los billetes del cambio que le diera el patrón del restaurante, para pagar.

Se le encogieron las pupilas. Entre los billetes color marrón y parduzco de la moneda nacional de Balkania, asomaba la punta de un pequeño papelito también marrón, doblado cuidadosamente entre dos de los billetes pequeños. Estaba seguro de no tenerlo allí antes de recibir el cambio en el restaurante, de manos de Stanislaw Brosky. Rápido, estrujó los billetes en sus dedos y sacó uno, poniéndolo en la mano del camarero, antes de salir con paso ligero del bar, llevándose su copa en la otra mano. Cruzó el vestíbulo, subió en el desvencijado ascensor, viejo como todo el edificio, y subió a la tercera planta, donde se alojaba, sintiendo que palpitaba más deprisa su corazón y tenía tensos los nervios.

Allá lejos, en la terminal, captaron sus emociones. Vibró el receptáculo diminuto de su cerebro. Tradujo velozmente, de modo mental, las vibraciones tantas veces estudiadas y repasadas a lo largo de un mes, en la base secreta californiana al servicio del Gobierno:

«Captamos alteración. Conserve serenidad. Parece tener algo importante delante de él. Si es contacto posible con amigos, trate de demostrarlo claramente de alguna forma. Esperamos».

Lo hizo. Contuvo el aliento, hasta lograr que enrojeciese su rostro, al llegar a la planta alta. La acumulación sanguínea activó más el emisor cerebral. La respuesta evidenció en seguida la recepción de tal mensaje mudo, cuando entraba en su alcoba del hotel, cerrando tras de sí y pasando el cerrojo:

«Comprendido. Extreme precauciones. Y no se fié de nada ni de nadie. Máxima alerta. Puede estar vigilado».

Sonrió, dando la luz de su alcoba. Sí, claro que podía estar vigilado, pensó. Con micrófonos e incluso receptores de televisión ocultos. No le sorprendería nada ese método, por parte de la policía

balkana, aplicado a todos los corresponsales de Prensa extranjeros.

Por eso entró en el lavabo, sin encender la luz, y al reflejo simple de la bombilla que lucía macilenta en el techo del destartado hotel, dentro de un globo de vidrio rosado, extrajo los billetes del bolsillo, como sí los contase, y leyó con rapidez las escasas palabras trazadas a lápiz en el papel marrón claro perdido entre los billetes de menor valor:

Esta noche. A las once. Lavaderos de la azotea del hotel. Sin falta. B.

Manteniendo los billetes y la nota en una mano, sacó de entre sus cosas del armario del baño un pequeño frasco de aspirinas, también súper revisados en la aduana por los expertos gubernamentales, por si había dentro de sus tabletas drogas, micrófonos o una bomba de relojería, por ejemplo. Se tomó dos con un trago de agua. No le dolía en absoluto la cabeza. Pero le sirvió para tragarse con tabletas y agua el trozo de papel escrito, que engulló sin masticar.

Luego se fue a la cama, dispuesto a echarse en ella y leer, hasta que se aproximase la hora clave en que sin duda, los amigos de Lester Cabot, los enemigos del régimen que trabajaban para el mundo libre clandestinamente, dentro de territorio balkano, le debían de estar esperando arriba, en la azotea del hotel.

CAPÍTULO VII

Las once menos cinco minutos.

Mark Donovan sentía una leve tensión interior. Dominaba sus nervios, pero existía en él un estado emocional inevitable que, sin la menor duda, estaría transmitiendo en estos momentos a la terminal de Estados Unidos.

Casi podía ver, con los ojos de su imaginación, a un grupo de altos funcionarios federales, inclinados sobre los gráficos de su actividad mental que emitía el receptáculo de su cerebro, para tratar de adivinar, a tan larga distancia, qué estaba sucediendo allá, en una pequeña ciudad de un pequeño país del Este de Europa, en estos precisos momentos.

Se puso sobre el pijama una chaqueta de piel oscura. A estas horas, el silencio en las calles y en el propio hotel era absoluto. De vez en cuando, el resplandor de unos faros de coche militar, resbalando por la fachada del edificio, permitían filtrar al interior de la habitación un rápido fulgor blancuzco, que pronto se extinguía, para volver a la más absoluta oscuridad.

Sin dar luz alguna, se movió entre sombras, sigiloso, tras calzarse solamente unos gruesos calcetines de lana, sin zapatos. Fue a la puerta. La abrió lenta, muy lentamente. No hizo ruido alguno. Asomó al desierto corredor, débilmente iluminado por las bombillas que pendían del elevado techo abovedado, desconchado por el tiempo y la humedad. Pisó la raída alfombra, moviéndose hacia el fondo del mismo muy lentamente, tras cerrar de nuevo la puerta tras de sí. Iba a serle difícil explicar a alguien lo que hacía a esas horas deambulando por el recinto hotelero si era sorprendido. La sola idea crispó algo sus nervios. Y la sensible célula electrónica lo acusó.

«Calma. Mucha calma. Si es hora del contacto, manténgase más sereno y frío que nunca».

Era el mensaje emitido desde la terminal cibernética americana. Se dijo que era muy fácil dar instrucciones así, a miles de millas del escenario de los hechos. Pero procuró calmarse y alcanzar las escaleras. Había un cuarto piso por encima. Luego, las azoteas del hotel. Comenzó a subir, despacio, muy despacio, peldaño a peldaño.

Llegó al último piso destinado a habitaciones de clientes. Tan desierto y silencioso como el inferior. En la calle, ronroneó un motor de coche y sonaron unas voces secas, de tono autoritario. Alguna patrulla hablando entre sí, pensó.

Un momento más tarde, muy lejano, sonó un crepitar seco, inquietante. «Armas de fuego, metralletas sin duda», reflexionó Donovan, humedeciendo sus labios resecaos, mientras iniciaba la subida del último tramo de escalera, hacia el ático y las terrazas del tejado. Un rótulo en lengua nacional debía indicar el acceso a los lavaderos, pero no lo entendió. Usaban una especie de letra gótica con reminiscencias de signos cirílicos, muy difícil de traducir para un extranjero.

En alguna parte de la dormida y sombría ciudad de Slensko, alguna patrulla militar había sorprendido algo anormal. Los disparos revelaban posiblemente la muerte de alguien. Pero luego, el profundo silencio, resultó aún menos tranquilizador.

Llegó ante una puerta cerrada. El corazón le dio un vuelco. Cerrada... Si lo estaba con llave, iba a ser difícil el encuentro. ¿No pensaría en eso Brosky al entregarle el mensaje?

Probó. Respiró aliviado, mientras su micro-control le aconsejaba calma por dos veces. La puerta sólo estaba sujeta por una aldabilla fácil de desprender. Abrió, procurando que no chirriase. Y no lo hizo. Sus ojos captaron, en la penumbra, el brillo grasiento de los goznes. Estaban recién lubricados. Los Brosky, sin duda, no eran los únicos disidentes activos en aquella vecindad.

Salió a la azotea. Una ráfaga helada le penetró hasta los huesos, haciéndole estremecer vivamente. Se encogió, arropándose mejor bajo su chaqueta de cuero, pero los pies se le empezaron a congelar aparentemente, al pisar la nieve con la sola protección de los calcetines de lana. Desde allá arriba, sólo unas escasa y aisladas luces eran visibles en la sombría panorámica urbana.

Vio los lavaderos frente a él, bajo una especie de cornisa cargada de nieve. Captó vibraciones en su micro-control. Las tradujo, con cierta sorpresa. Aquel aparato era aún más sensible a sus reacciones de lo que imaginara. Casi empezó a darle miedo su extrema fidelidad:

«Evidentemente, tiene frío. La cita es al aire libre, suponemos. Mucho cuidado. Podría ser una trampa, incluso».

¡Una trampa!

Se maldijo por no haberlo previsto mientras esperaba. Claro que podía serlo. Ellos, los que emitían aquel mensaje, eran agentes profesionales. Él no. Ellos sabían de esas cosas. Y él era un novato, un profano en la materia. Lester Cabot no hubiera sido tan confiado, ni mucho menos.

Aun así, no podía hacer nada ya por evitar el riesgo. Era demasiado tarde para volverse atrás, y menos por una simple sospecha. Avanzó hacia los lavaderos con paso cauteloso, olvidándose incluso del frío glacial en sus pies. Tampoco llevaba armas consigo. Eran algo prohibido en esta misión. Ningún arma hubiera salvado la barrera de controles de la frontera balkana.

Respiró aliviado, tras un momento de tensión, cuando una voz brotó de la oscuridad de los lavaderos, en aquella instalación anacrónica, con más de cincuenta años de antigüedad:

—Cabot. ¿Es usted?

Reconoció en seguida la voz de Stanislaw Brosky. Respondió en un susurro:

—Sí. Yo mismo.

—Puntual —dijo el otro, sin aparecer en la zona de penumbra aún.

—Desde luego. ¿Hay peligro?

—No, que yo sepa. Pero nunca se puede estar seguro, Cabot, viejo amigo.

Ya más aliviado, se relajó, dando un par de pasos más. Una mano recia salió de la sombra, estrechándole la suya. La sonrisa abierta de Brosky fue visible ahora.

—Me alegró mucho verle de nuevo —dijo Donovan, ya totalmente sereno—. Fingió muy bien, Stanislaw.

—Hay que hacerlo para sobrevivir —suspiró él—. Fingir forma parte de este oficio, Cabot. Cuando nos tropezamos esta tarde, casi

me sobresalté. Eva también. Pero nos supimos dominar. Me preguntaba si encontraría el mensaje entre el dinero.

—Por supuesto —rió apagadamente Donovan—. Eso también forma parte de mi oficio, ¿no?

—Ciertamente. Bien, hablemos rápidos. ¿Cómo va todo?

—Bien. Eso es lo que debería preguntarle yo, Stanislaw. La información es suya, no mía. Sólo puedo decirle que la esperamos ansiosamente allí.

—Lo imaginaba —asintió su interlocutor—. ¿Ha traído armas?

—No. Es peligroso. Pero traigo conmigo algo más práctico. Sólo tiene que repetirme cuanto memorizó, amigo mío. En mi cerebro, un mecanismo ingenioso transmitirá la información cuando lo conecte para transmitir mensajes cifrados. ¿Es el momento?

—Sí. Es el momento, Cabot —asintió Brosky. Y de repente, en su mano apareció una potente pistola *Parabellum*, apuntándole—. El momento de que confiese todo, antes de llevarle ante la Policía Militar, maldito espía.

—¿Cómo...? —empezó Donovan, palideciendo, y mirando perplejo a Brosky—. Esto no tiene sentido...

—Vaya si lo tiene, querido —dijo a su espalda otra voz, en correcto inglés, con tono burlón—. Mucho más del que cree, Cabot... o quien sea usted. Porque desde luego, el verdadero Lester Cabot jamás hubiera caído en esta trampa. Por la sencilla razón de que él hubiera sabido que *no somos* nosotros sus amigos y aliados...

Se volvió a medias, mientras Brosky le metía el cañón del arma en el estómago, sin contemplaciones, endurecido su gesto aparentemente amable hasta entonces. La voz que hablara tras de Mark, era de mujer. La bella señora Brosky, dura y fría su faz como tallada en granito, le encañonaba también con otra pistola.

—Creo que he caído en una trampa estúpida —murmuró Donovan, furioso.

—Y su ira, su sobresalto, sus emociones violentas ante el engaño, transmitieron fielmente a distancia lo que sentía en esos momentos.

Allá, en la Central de Inteligencia, supieron en ese mismo instante que algo había salido mal, y su improvisado agente secreto estaba en graves apuros dentro del suelo balkano...

CAPÍTULO VIII

—Ha sido muy ingenuo para pertenecer a un sistema de información tan sofisticado como el occidental, amigo No-sé-quién —comentó irónicamente Stanislaw Brosky, caminando junto a él, lo mismo que Eva, su mujer, camino del interior del edificio—. ¿Es que los americanos ya no tienen buenos agentes que enviar a los que consideran países atrasados y bárbaros de Europa?

—Es posible que sea así —gruñó secamente Donovan, continuando maldiciéndose en su interior cien veces por aquel error estúpido, por confiarse en exceso, pese a las advertencias que en ese sentido le dieron los profesionales desde la CIA—. O quizás es que ustedes, los del Este, han mejorado mucho en sus técnicas, a base de practicar.

—Tiene sentido del humor, cuando menos —comentó Eva Brosky, riendo duramente—. Siempre estuve segura de que nuestros primos, los Poliak, nos traicionaban, y que tenían un amigo americano con quien contactar en momentos de máxima importancia para sus proyectos...

—Ahora irán con el americano a las mazmorras de la policía secreta, hasta que terminen sus días en un paredón —dijo fríamente su marido—. Pero antes, este tipo debe soltar todo cuanto sabe, querida. De momento, ya sabemos que usan una especie de agentes-robot con células aplicadas a su cerebro para transmitir a distancia. Eso va a ser interesante de examinar por nuestros expertos, sin duda alguna. Por otro lado, es evidente que nuestro amable primo Wroslaw, sabe muchas cosas de memoria, y es capaz de repetirlas a su contacto, llegado el momento. Tendremos que averiguar qué cosas son ésas y cómo las supo. Quizás ese hilo nos conduzca al ovillo de la resistencia clandestina de los disidentes balkanos,

desmontando el aparato de traición contra nuestro Estado.

Donovan comprendió que aquella pareja no sólo no eran quienes él pensó, sino que eran auténticos fanáticos al servicio de los ideales del régimen establecido en su país. Estaba todo perdido, y se culpaba a sí mismo de todo. Su mente debía de estar transmitiendo fortísimos impulsos cerebrales a la terminal cibernética de la CIA, sin duda alguna, porque pronto recibió un mensaje apremiante y breve, que tradujo a pesar de su precaria situación en manos del enemigo:

«Sin duda ha fallado todo. Sospechamos una trampa. Mantenga la calma. Trate de hallar salida. Con la mente fría es todo más fácil».

«¡Más fácil!», pensó Donovan con ira. Lo que sí era fácil era dar consejos a tan larga distancia. Lo único que notaba frío en ese momento eran sus pies, al pisar la nieve, ya junto a la puerta de entrada a las escaleras.

Y en ese momento, captó un gemido ronco a su lado. Borrosamente, notó que la señora Brosky vacilaba, como si hubiera sufrido alguna clase de crisis. Por su parte, alarmado por esa queja, su marido se volvía hacia ella, olvidándose durante una fracción de segundo de su prisionero.

Donovan no supo si realmente se había enfriado su mente o no. Pero lo cierto es que, con una rapidez fulgurante, soltó su brazo izquierdo contra Brosky, arrancándole de los dedos su pistola de un impacto brutal de su codo, que le produjo calambres dolorosos. Brosky juró entre dientes, intentando gritar y pelear. Algo le pegó en ese instante en el cráneo, y se desplomó, con ojos vidriosos, mientras la mano de Donovan apretaba sus labios fuertemente, para evitar que gritase. La señora Brosky, por su parte, estaba tendida ya en la nieve, aparentemente sin sentido.

—Buen golpe, amigo —dijo una voz en correcto inglés, desde las sombras—. Temí que disparase su arma antes de poderle golpear a él. Usted ha salvado la situación.

Se volvió Donovan hacia el que hablaba. Se encontró ante el hombre fornido, rubio y de ojos azules que viera secando vasos en el restaurante. Tras él, aparecía borrosamente en la oscuridad la silueta de la mujer de edad madura que le sirviera la comida a mediodía. Eran los Poliak, los parientes de los Brosky.

—Ustedes sí son los que yo buscaba —dijo roncamente Donovan, mirándoles fijo.

—Sí —afirmó él sonriendo—. Pero usted no. No es nuestro buen amigo Lester.

—Mi rostro es el de él. Mi voz también. Y mis gestos.

—Sólo eso —suspiró la señora Poliak, acercándose con cautela—. Por ello no intentamos establecer contacto. Pero sospechábamos que nuestros parientes nos vigilaban secretamente y que sospechaban que usted era el contacto esperado por el Servicio de Inteligencia Balkano. Ésa es la razón de que siguiéramos esta noche a Eva y a Stanislaw hasta aquí. Era fácil prever la trampa. Lester la hubiera sospechado, seguro.

—Por desgracia, su amigo Lester ya no existe. Estaba muy enfermo.

—¿De qué murió? —quiso saber Poliak.

—Cáncer —informó escuetamente Mark, sin entrar en detalles.

—Veo que es quien dice ser, cuando menos: un hombre de la CIA, sin duda. Sabíamos que Lester padecía cáncer. Nos lo dijo en una carta cifrada, aún no hace tres meses. Pobre y viejo amigo querido... ¿Creyeron que usted podría suplantarle sin que receláramos nada?

—Lo intentaron, cuando menos —sonrió amargamente Donovan—. Sin mucho éxito, la verdad. Estoy aquí por mi parecido con él, no por mi pericia como espía, según habrá comprobado.

—No se censure demasiado —le reprochó la señora Poliak sonriente—. Lo ha hecho muy bien para ser un aficionado, créame. Le llamaremos Cabot, como si fuese él mismo. Ahora vamos de aquí. Andrei se llevará a estos dos en cuanto sea posible. Es doloroso, porque somos parientes. Pero deben desaparecer... o desapareceríamos nosotros.

Se inclinó, aplicando una inyección rápida, con una jeringuilla que extrajo de un bolsillo de su abrigo oscuro, a ambos cónyuges tendidos. Luego tomaron sus armas, guardándolas. Donovan observó todo eso, pensativo.

—¿Quién es Andrei? —quiso saber.

—El camarero del bar del hotel —explicó Poliak—. Es uno de los nuestros. Cuidaba de usted mientras le era posible. Pero no sabía que esta noche le tendieron una trampa, amigo. Vamos a un sitio

donde pueda relatarle cuanto sé y he memorizado. Pero tendrá que memorizar usted, a su vez.

—No hará falta. Lo que dije a su primo Brosky fue cierto. Llevo una especie de célula electrónica en mi cerebro. Puedo recibir información desde América. Si cambio el circuito mediante un aviso mental a la terminal de la CIA, se transforma en emisor de vibraciones en clave. Lo haré funcionar en cuanto empiece su relato.

En esos momentos, su célula estaba ya enviándole otro mensaje:

«Captamos relajamiento y tranquilidad. Parece usted confiado y satisfecho. Si ha establecido contacto auténtico y salvado situación difícil, trate de expresarlo».

Contuvo de nuevo la respiración hasta congestionarse. Los Poliak le examinaron, curiosos, intuyendo lo que pretendía con ello. Su alteración sanguínea fue perceptible en la terminal.

«Conforme. Recibido mensaje. Lo está haciendo muy bien».

Se sintió con más moral que antes, al verse sorprendido por los Brosky en los lavaderos. En compañía de los Poliak, entró en el hotel. Ellos le condujeron a una habitación de la cuarta planta, para sorpresa suya.

—Es una habitación especial —informó en voz baja Wroslaw Poliak—. Andrei la ha habilitado, pudiendo neutralizar micrófonos y cámaras de TV. Está insonorizada. Allí hablaremos sin peligro. Es una de nuestras madrigueras de la resistencia activa balkana contra el régimen actual.

—Veo que lo tienen montado mucho mejor de lo que imaginaba, pese a las medidas represivas y de control.

—Aun así, cada día cuesta un puñado de vidas a nuestro movimiento, amigo mío —suspiró Poliak con tristeza—. Pero no desfallecemos. Seguimos adelante hasta morir o vencer. Somos un pueblo tenaz y valeroso, créame.

—Le creo sobradamente, Poliak —sonrió a su vez Donovan, mirándoles a ambos con viva y sincera admiración—. Sólo deseo salir con bien de este país para poder entregar la información a mi gente.

—Dios lo quiera, amigo. Por intentarlo, no va a quedar, créame. Tengo muchas y muy importantes cosas que revelarle...

Donovan asintió, entrando con ellos en la alcoba clandestina

preparada por el camarero del bar. Poliak cerró cuidadosamente la puerta.

En ese momento. Donovan notó algo raro. No en torno suyo, no en los Poliak ni en la propia habitación del hotel.

Era algo *dentro* de su mente.

Algo no previsto. Algo que no encajaba, en el funcionamiento de su micro-control.

Y de repente, tuvo miedo.

Miedo, porque se había bloqueado el circuito electrónico, podía casi *sentirlo físicamente*.

Sucedía algo anormal al otro extremo, en la terminal cibernética de los Estados Unidos. Quería saber lo que era, pero no le era posible. Se había desconectado, por alguna razón que no entendía.

Contuvo la respiración, muy agitado. Se congestionó, al tiempo que sujetaba un brazo de Poliak y, ante la sorpresa de éste y de su mujer, señalaba a su cráneo con un vivo ademán, siguiendo sin respirar para alterar su funcionamiento cerebral.

No captó nada. No hubo respuesta lejana. Era como si estuviera desconectado de repente. Como sí no pudiese recibir mensajes... o ellos no los recibieran siquiera.

Y no era sólo eso. Su instinto, un súbito instinto despertado en él de modo inexplicable, le decía que en aquello había *peligro*. Un gran peligro. *Muerte*.

—¡Muerte! —jadeó, roncamente, respirando hondo al advertir lo inútil de su esfuerzo por dejarse captar en la distancia.

MUERTE.

Era como si algo inexistente repitiera eso en su cerebro, sin necesidad de vibración alguna.

Sorprendentemente, supo la verdad. Un terror angustioso le asaltó.

Iba a morir. Ahora mismo. No sabía por qué. Pero iba a morir, *asesinado* a larga distancia por alguien.

* * *

El profesor Hamilton Donnelly miró fríamente a su interlocutor, un hombre moreno, silencioso y de gesto huraño. Señaló luego a la pantalla de la computadora.

—Véalo usted mismo —dijo—. Hemos logrado nuestro objetivo. Ya sabemos todo lo que era preciso, a través del falso Lester Cabot. El procedimiento ha funcionado, mi querido Kasilov.

El hombre llamado Kasilov no cambió de expresión. Miró aquellos gráficos en la pantalla, oscilando en color verde fluorescente, y que se imprimían en una cinta larga, plegable, parecida a la de un encefalograma.

—No entiendo mucho de cibernética, profesor —dijo con un inglés seco, correcto, pero de leve acento extranjero—. ¿Qué está sucediendo ahora en Slensko?

—Muy sencillo: que el agente de la CIA, Mark Donovan, bajo su falsa personalidad de Lester Cabot, se ha quedado aislado. Desconectado de la terminal que la CIA posee para seguir a su hombre a distancia. No llegará nunca la información de su cerebro a manos de la Agencia Central de inteligencia. Nunca. Kasilov.

—De modo que los secretos no saldrán de Balkania.

—Exacto. Y no sólo eso. Poseemos la información precisa: Los dos esposos Poliak, Wroslaw y Ana, son los miembros de la resistencia clandestina de los disidentes. Y él es el «memoriógrafo» que estábamos buscando. También sabemos que un tal Andrei, camarero del Hotel del Pueblo, es miembro de esa resistencia clandestina. Y que poseen una habitación especial, aislada, en el propio hotel, donde se reúnen todos ellos.

—Perfecto su juego, profesor Donnelly —sonrió levemente, por primera vez, el hombre moreno y sombrío, aunque sus ojos oscuros permanecieron helados e inmutables—. ¿No sospechará alguien de su doble juego dentro de la CIA?

—No terna, amigo mío —rió Donnelly—. Nadie aquí imagina que su experto en electrónica, capaz de crear un ingenio como el que Donovan lleva en su cráneo, sea un *topo*^[2] dentro de la organización de Inteligencia de Estados Unidos. Untopociertamente eficaz para nuestra ideología común, querido Kasilov. Informe a sus superiores, llegado el momento, de mis leales servicios a la causa democrática de sus pueblos y a mi propia ideología.

—Descuide. Lo sabrán. Usted nos es sumamente útil aquí, profesor. Su ayuda ha probado ser inapreciable. ¿Qué ocurrirá, mientras tanto, con ese improvisado agente que enviaron a Balkania?

—Lo peor del mundo —rió huecamente el cibernético—. Morirá.

—¿Morirá? ¿A manos de los soldados o policías de Balkania?

—No, no. Su fin será mucho más sofisticado y rápido. Y le matará sus propios amigos de Washington. ¿No es gracioso el asunto?

—Temo no entenderle... —Pestañeó el agente del Este, mostrando por vez primera una cierta sorpresa en su rostro pétreo.

—Es complejo y simple a la vez. Le injerté la célula electrónica que usted ya conoce. Y se dispuso un mecanismo que causará su muerte de inmediato, fulminante, sólo en el caso, por supuesto, de que el gráfico de su cerebro señale la alteración registrada electrónicamente como «acto de traición», que de inmediato disparará el sistema automático de muerte, provocándole un derrame cerebral.

—Es increíble. ¿Ellos harán eso? ¿Por qué detectarán «traición» en ese aficionado, si tal traición no existe?

—Porque, del mismo modo que he interceptado con mi propia terminal los mensajes mentales de Donovan, a mi vez puedo emitir desde aquí a la CIA, como si fuese una transmisión procedente del cerebro del agente, una falsa impresión de ese acto de traición, un gráfico que será yo quien lo emita y no Donovan, por supuesto.

—Ingenioso —rió el extranjero—. Donovan morirá de inmediato, sin saber siquiera cómo ni por qué...

—Eso es —asintió Donnelly—. Ahora mismo, véalo. En cuanto oprima esta tecla, y aparezca en esa segunda pantalla el gráfico que significa «traición».

Pulsó la tecla. En una segunda pantalla apareció un gráfico de gran intensidad, que transmitió a la CIA por el canal que interceptaba.

En alguna parte del edificio de la Agencia Central de Información de los Estados Unidos, ese gráfico, al ser detectado por la computadora, haría que ésta transmitiese directamente al cerebro de Mark Donovan el impulso mortal que acabaría con su vida...

CAPÍTULO IX

Mark Donovan miró atrás, pensativo.

No entendía muchas cosas todavía. Pero lo importante es que estaba con vida, que la frontera de Balkania quedaba a sus espaldas, en la distancia, y el tren le conducía a través del país vecino, en dirección al aeropuerto más próximo, donde tomaría un avión, de regreso a su país.

Estaba vivo. Y libre. Casi no se lo podía creer aún.

Parecía un sueño su breve estancia en la capital balkana, su contacto con los Poliak el peligro vivido al ser capturado por los Brosky, la repentina sensación de que todo iba mal y que la muerte llegaba a su cerebro, directamente desde los Estados Unidos, a través de una simple y diminuta célula electrónica...

Ése fue el momento crucial de su aventura vertiginosamente breve en territorio enemigo.

La muerte mediante computadora, a miles de millas de distancia...

Su vida y el destino de muchos seres humanos, dependiendo de la actuación de una simple memoria electrónica que tenía dada la orden de matar, si la imagen de la traición aparecía en su receptor de impulsos cerebrales.

Ahora sabía la verdad. La terrible verdad que estuvo a punto de costarle la vida. Que le hubiera costado la vida, sin remedio, de no mediar un auténtico milagro.

Un milagro llamado Sue Kelly, enfermera de la base secreta del Gobierno.

Al reanudarse la comunicación directa con Washington, la propia CIA le había informado de todo en un largo mensaje:

«Enterados de traición en nuestras propias filas, hemos

descubierto al culpable: el profesor Donnelly, cibernético que implantó su ingenio electrónico en su cerebro. Tenía programada orden de muerte para usted si el gráfico de “traición” aparecía en pantalla.

»Eso sucedió. La computadora emitió el impulso fatídico para usted, sin que ninguno pudiéramos evitarlo. Más tarde, supimos que Sue Kelly, su enfermera, mientras ayudaba en la intervención quirúrgica que sirvió para injertarle la célula electrónica, desconectó el circuito mortal, sin que nadie lo advirtiese. Ella no quería verle morir ni aun siendo traidor a Estados Unidos. Pudo haber sido un grave error, pero resultó providencial para usted y para nosotros.

»Donnelly había dispuesto interferencia de su célula, y una emisión falsa del gráfico de «traición», para eliminarle una vez averiguado lo que quería saber de ese país y de sus disidentes.

«Pero un agente nuestro sospechaba de él y le vigilaba. Captó el plan y logró arrestar a Donnelly y a un agente del Este en Estados Unidos, que fingía ser aquí refugiado político. Después de eso, se reanudó contacto con usted. Y pudimos recoger información memorizada por Poliak. Enhorabuena por todo, Donovan. Ha cumplido usted su misión».

—¿Enhorabuena? —murmuró entre dientes Donovan, moviendo la cabeza al recordarlo—. Pero si yo no hice nada... Deberían felicitar a esta maldita máquina que llevo en mi cabeza... y a Sue Kelly, por supuesto. Esa enfermera, además de bonita, es inteligente y humanitaria. Algo que se da escasamente en nuestros días... Lástima que esté casado y quiera a mi mujer. Esa chica sería la pareja ideal para cualquiera...

* * *

Mark Donovan cerró la puerta tras de sí.

Se sentía feliz, más feliz de lo que nunca fuera, desde mucho tiempo atrás. Estaba de vuelta en casa. Ensucasa. Su propia casa, su hogar...

Estaba todo muy mejorado. Muebles nuevos, nueva pintura, adornos... Cheryl había sabido utilizar el dinero del Gobierno, pensó con alegría, recorriendo la casa, ahora vacía.

Su esposa había salido. Cuando regresara se llevaría la mayor sorpresa de su vida. Él estaría allí. Sano y salvo. Libre. Definitivamente libre, bajo otra personalidad aún: la de Lester Cabot. Para todos, Lester Cabot seguía vivo, porque el difunto agente federal no tenía familia que pudiera complicar las cosas. Y oficialmente, Mark Donovan seguía encarcelado en San Quintín. Hasta que la gente lo olvidara todo. A fin de cuentas no era difícil. Llevaba el rostro de Lester Cabot, y lo llevaría ya hasta el fin de sus días.

El propio presidente de Estados Unidos, en compañía del gobernador de California y del director de la CIA, Te habían felicitado, informándole de su libertad definitiva, y hasta ofreciéndole, si lo deseaba, un puesto en la CIA, como agente auténtico.

—No, gracias —había respondido él—. Prefiero volver con mi esposa y vivir como un ciudadano cualquiera, una vida normal. Un hombre casado no está para esos trotes. Lo que sí les garantizo es que la libertad que me dan no les dolera nunca. Dejan libre a un inocente, lo juro. Ahora podría callar. Mentir tampoco tiene objeto, porque soy un ciudadano libre. Por eso juro con más fuerza que nunca mi inocencia en esos dos crímenes, señores.

—Yo le creo. Donovan —había dicho el presidente, sonriendo y apretando con vigor y nobleza su mano—. Todos tenemos que creerle ahora, vaya tranquilo. Y sea feliz. Muy feliz, amigo. Su trabajo, aunque lo crea insignificante, ha salvado posiblemente miles o millones de vidas, gracias a cuanto ahora sabemos de ciertos secretos militares y científicos del Este...

Le habían preguntado si quería que su esposa fuese avisada de su libertad, del retorno al hogar, puesto que ella seguía sin saber nada sobre su misión real ni sobre su auténtico paradero.

Se negó. Quería sorprenderla. Iba a ser un gran momento. Muy emotivo.

Oyó la puerta momentos más tarde. Se ocultó con rapidez, sintiendo latir su corazón con fuerza. Pero se alegró de que esta vez no hubiese ningún artilugio electrónico en su cerebro para que nadie espíara sus emociones. Le había sido ya extirpado el micro control en la CIA.

Se oyeron pisadas. Más de una persona. Dos. Un taconeo y pasos

secos, masculinos.

Arrugó el ceño, sorprendido.

—Bien, querido —oyó decir a Cheryl, su esposa—. Ponte cómodo. Te prepararé algo de beber. Lo de siempre, supongo.

—Naturalmente, cariño. Lo de siempre —dijo una voz bronca.

Donovan se estremeció. Las cosas eran distintas, muy distintas a lo que imaginara. Cheryl seguía siendo su esposa. Sabía que él no estaba muerto. Y entraba en casa conotrohombre. Nunca lo hubiera imaginado. Se sintió frustrado, dolido. Ni siquiera cabía una duda. Ella no tenía primos ni hermanos, tenía que ser otra cosa muy distinta. Y mucho más sórdida.

Sonaron botellas, tintineo de copas, un tocadiscos empezando a funcionar, el chorro de la soda, los cubitos de hielo bailoteando... Casi podía ver la escena, imaginar asuCheryl frente a aquel otro hombre. Pero a él no podía imaginario de ninguna manera.

—Por nosotros —dijo ella, risueña.

—Por nosotros, Cheryl querida —dijo él. Y chocaron las copas, Luego, silencio. Tras eso, risas suaves. Y chasquidos apagados. Cada uno era como una bofetada para Mark Donovan, lívido de ira. Pero eran besos.

Besos... Ella y el otro hombre. Se dispuso a salir, furioso, violento.

En ese momento, unas pocas palabras de ella le frenaron en seco.

—El dinero ya podemos empezar a gastarlo alegremente, ¿no?

—Claro. De todos modos, tu marido siempre ha sido el culpable para el mundo, ¿no? Y nadie se preocupó jamás del dinero de Howard Stevens.*Nuestro*dinero ahora, puesto que te quedaste con él después de matar a Howard y a su amiguita Linda Seymour, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó ella, riendo—. Tiene gracia... El tonto de mi marido preocupándose de mi bienestar, y logrando que el Gobierno me pase una pensión, mientras yo conservaba escondidos los trescientos cincuenta mil dólares de Howard, conseguidos al rellenar uno de sus talones firmados en blanco, tras matarle con aquella navaja, lo mismo que a la cerda de mi amiguita Linda...

—Tu amiguita —el hombre soltó una carcajada—. ¡Qué sorpresa se llevarían la policía y tu querido esposo, si supieran que

el amante secreto y desconocido de Linda Seymour... *eras tú!*

—Mi tendencia lésbica nunca la sospechó nadie. Y la puerca de Linda me engañaba con un hombre, con ese maldito Howard... Fui a por ellos decidida a vengarme, y lo logré. Lo que ignoraba es que podría tener acceso a todo el dinero que Howard robó antes a Mark. Fue un golpe genial.

—Del todo. Y tu esposo fuera de circulación, a punto de entrar en la cámara de gas o pudrirse de por vida en una celda. Ahora podremos casarnos, cuando logres la anulación, e irnos a disfrutar del dinero a cualquier sitio...

—Siempre que nuestra unión no signifique que yo no puedo tener *amiguitas* por ahí, cuando me guste... —dijo ella, risueña, con tono malicioso.

Donovan sentía algo distinto ya. No odio, sino asco, náusea, horror. Por vez primera en su vida descubría el rostro oculto de su bella esposa, lo que se ocultaba tras una faz dulce y suave. La monstruosa verdad escondida, la suciedad, la corrupción de un ser en quien había confiado ciegamente...

Salió disparado de su escondrijo. Apareció en el *living* como una furia.

—¡Cerdos! —bramó—. ¡Vais a pagar todo esto, Cheryl! ¡Ahora sé la verdad y me das verdadero horror, repugnancia infinita...!

—¡Mark! —clamó ella, aterrada, palideciendo y dejando caer su copa, que se hizo añicos en el suelo—. ¡Tu aquí! ¡Oh, no es posible...! ¡Ese rostro... pero eres tú!

—Vaya si lo soy, maldita puerca —silabeó Donovan, mirando con cólera profunda y asco inmenso a su mujer, al hombre fornido, guapo y musculoso sentado en el sofá, y que le contemplaba estupefacto, con un tono grisáceo en su rostro de bello vividor—. Los dos... Los dos vais a conocer ahora lo que es ser acusado. Pero sois culpables. Culpable tú de doble asesinato, ese tipo de encubrimiento, acaso de complicidad...

Fue hacia el teléfono. Ella estaba demasiado aterrada para reaccionar. Se limitaba a mirarle con enorme pánico. Pero el hombre del sofá reaccionó vivamente. Se puso en pie. Empuñaba un arma. Una pistola automática calibre 32. Y lo hacía de un modo que se notaba que no era nada inexperto.

—Quieto ahí, imbécil —masculló con acritud—. ¿Quién crees

que eres? ¿Un héroe de novela a punto de entregar al criminal a la ley? Alza esos brazos y no te muevas, o te dejo seco.

—Tendrá que disparar —le desafió heladamente Mark—. Y el ruido atraerá a la gente, a la policía...

—Si disparo, le mataré, Donovan. De modo que vale más que sea buen chico y no vaya a crear problemas. *Esustedel* evadido a quien buscará la ley sin duda, no a nosotros dos...

—Lo probaremos —dijo Mark con voz dura, tomando el teléfono.

—¡No siga o le mato! —rugió el hombre.

—Cuidado, Harry —suplicó ella con voz rota—. Puede ser peligroso...

—Si tu maridito se queda quieto, no apretaré el gatillo.

—Tendrá que apretarlo —rió con acritud Mark—. Voy a llamar. Empezó a marcar. El otro disparó.

Sonó la detonación violentamente en la estancia. Se agitó Donovan al sentir la bala en el cuerpo. Un dolor ardiente pareció perforar su costado. Miró fríamente al autor del disparo. Cheryl gimió, asustada.

—Tendrá que disparar otra vez —jadeó, soltando el teléfono y empuñando con fuerza y valentía una estatuilla de bronce que enarboló—. O seré yo quien le mate...

Avanzó hacia el hombre armado con valor suicida. El otro volvió a disparar, y notó otra candente mordedura en su carne. Pero se había movido al ver presionar el dedo sobre el gatillo, y eso salvó su corazón, su vida. La bala se había alojado en su hombro izquierdo.

Arrojó la estatuilla contra el cráneo de su enemigo. Éste chilló al recibir el impacto, y de su cabello corrió la sangre en varios regueros hacia el rostro. Se tambaleó, retrocedió, lívido, y alzó el arma, inseguro, dispuesto a rematar a su enemigo.

—¡Quieto! —gritó una voz potente desde la ventana—. ¡Suelte ese arma o le mato, Harry Talbot!

El llamado así dejó caer su pistola al ver en el hueco de la ventana a dos hombres de paisano, empuñando potentes revólveres calibre 38 de acero pavonado. Donovan resopló, aliviado, al identificar en su aspecto el inconfundible aire de los hombres de la CIA. En aquel tiempo de trabajar con ellos, había aprendido a

conocerles.

—Gracias a Dios, llegaron a tiempo —jadeó, dejándose caer en una butaca, con su camisa bañada en sangre a la altura de su costado derecho, y otro reguero rojo extendiéndose por clavícula y brazo—. No me creerán nunca, pero ella... mi mujer... mató a esas dos personas de cuya muerte me acusaron a mí... y él la encubría para vivir del dinero robado a mi antiguo socio Spencer...

—No le crean —sollozó Cheryl, muy buena actriz de nuevo—. Él es el asesino, escapó de prisión y vino a vengarse de algo que sólo existe en su mente...

—Es inútil que mienta, señora Donovan —dijo fríamente uno de los agentes—. El Gobierno empezó a creer en la inocencia de su esposo cuando él pasó a trabajar a nuestro lado en cierto asunto. Al mismo tiempo que le pasaban la pensión mensual, vigilábamos nosotros sus pasos muy de cerca. Sabemos de sus relaciones con este tipo, Harry Talbot, un vividor profesional. Y también de sus romances con personas de su propio sexo, señora. Lo demás es fácil de imaginar. Ya sospechábamos que sí no había sido Mark Donovan el asesino... tenía que ser *usted*. Vamos, su juego creo que ha terminado. Les pondremos en manos de quienes tendrán que escuchar muchas cosas, sin duda alguna.

El otro agente llamaba ya por teléfono a una ambulancia, y luego se apresuraba a atender a Donovan.

Por fortuna, son heridas poco graves —comentó con alivio—. Saldrá de ésta, muchacho.

Menos mal —resopló Mark—. Me gustaría volver con ustedes, amigos... Creo que ahora sí voy a necesitar hacer algo en la vida...

—Eso va a gustarle a los jefes, seguro —rió el agente de la CIA jovialmente—. ¿Algo más, amigo Donovan?

—Sí. Necesitaré una enfermera que me cuide mientras sano de mis heridas —suspiró Donovan con cierta amargura, mirando entre indiferente y asqueado a la mujer que era su esposa y a la que un día había amado—. Quisiera elegir yo mismo a esa enfermera, si no hay inconveniente...

—Claro que no lo habrá —dijo el hombre de la CIA—. Usted les ha caído bien a los peces gordos. Le facilitarán todo lo que quiera, amigo.

Pero Donovan ya no les oía. Había perdido el conocimiento.

Cuando lo recuperó, sus deseos se habían cumplido.

Estaba en un hospital. Y la enfermera sonriente que estaba a la cabecera de su lecho, era pelirroja, de verdes ojos y bonita sonrisa.

—Hola, Sue —saludó al verla.

—Hola, Mark —respondió ella dulcemente.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Por supuesto, el autor utiliza aquí un país imaginario, así como una ciudad inexistente, que el lector debe aceptar como inevitable recurso para no localizar la acción del relato en ningún país real concreto. Por supuesto, ello no afecta seriamente a la acción ni a la trama argumental de la obra. (N. del A.). < <

[2] Topo, en el lenguaje del mundo del espionaje, como ya sabrán muchos lectores a través de la obra de autor tan importante como John LeCarré, equivale a traidor o espía doble dentro de una organización de información. (Nota del Autor). < <